

CRISTIANIDAD



87

RAZON DE ESTE NUMERO

AÑO IV

1 NOVIEMBRE

1947

Este año la conmemoración de la festividad de Cristo Rey nos ha impulsado a tratar en el presente número, de ciertas tentativas que en pro de la consolidación de esta paz tan precaria que disfrutamos, se están o han estado llevándose a cabo desde el otro lado del Atlántico.

El mensaje que el Presidente Truman ha dirigido a S. S. el Papa y la afectuosa respuesta del Romano Pontífice merecen nuestro comentario, por escueto que sea, sobre todo en esta solemne ocasión que nos ha deparado la festividad de Cristo Rey, cuando nuestras oraciones impetran el afianzamiento de la paz, la instauración de la paz verdadera, de la paz de Cristo en el Reino de Cristo.

Cristo Rey: He aquí la fórmula en que pueden resumirse los anhelos por esa paz verdadera. Sí, este laborar por la paz ha de estar asentado, como dice el Sr. Truman, sobre los sólidos principios cristianos. Pero aclaremos lo que tal cosa quiere decir, mejor dicho, lo que debería querer decir: la afirmación de lo sobrenatural y la conversión de las naciones. Entonces nunca más se tendrá que llamar la atención sobre la inconveniencia de igualar al Papa, Vicario de Jesucristo en la Tierra, con todos los dirigentes religiosos del mundo. ¿Quién podría pensar en hacerlo?

«Esta es la necesidad más urgente de nuestro tiempo: sobrenaturalizarlo todo, incluso al Romano Pontífice. Esta vida sobrenatural es la que trae consigo el Reinado de Jesucristo; ésta es la que implora sin darse cuenta la indignancia de nuestro tiempo; ésta es la que reclama el alma de nuestra sociedad.»

EDITORIAL: «Si al menos hoy conocieras tú al que puede traerte la paz!...»

Sección PLURA UT UNUM: **El Papa Pío XII pondera el sentido y valor de la Encíclica «Annum Sacrum»** (págs. 466 a 469).

Sección A LA LUZ DEL VATICANO: **La misión del señor Taylor en Europa**, por José-Oriol Cuffí Canadell (páginas 479 a 483).

Sección DEL TESORO PERENNE: **León XIII. Encíclica «Annum Sacrum»** (págs. 470 a 476); **Consagración a Cristo Rey del Reino de Ruanda** (pág. 478).

Sección DE ACTUALIDAD. **Masonería y Liberalismo**, por J. O. C. (págs. 484 y 485).

Sección COLABORACIÓN: **La desnaturalización de España por la deformación histórica** (I.- La Historia), por Melchor Ferrer (págs. 486 y 487).

Sección ORIENTACIONES BIBLIOGRÁFICAS (pág. 488).

Ilustran el presente número dibujos debidos a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday.



B. S. A.



Tapicerías Rabanal

ALFOMBRAS

LENCERÍA

COLCHAS

MANTAS

Avda. Generalísimo Franco, 405
Teléfono 70309 BARCELONA

Fábrica de Lejías Líquidas

Esteban Pons Jorba

FÁBRICA Y DESPACHO:
Calle Regente Mendieta, 15 y 17
(entre Calles 4 y Conde Güell)
TELÉFONO 30780
BARCELONA

FINCAS VICENTE

COMPRA - VENTA

Terrenos urbanos e industriales pie carretera y
estación FF. CC.
Casas de renta de todos precios.
Torres en capital y provincia llaves en mano.
Rústicas en toda la Región libres de colonos.
Cubiertos industriales.
Fábricas textiles.

Rbla. Estudios, 6, 4.º 2.º BARCELONA Teléfono 21082

I. A. C. S. A.

RESERVADO

Teléfono 85206

Reservado • A. de B. • Barcelona

CRISTIANDAD

NÚMERO 87 - AÑO IV

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22446
BARCELONA

1 de Noviembre de 1947

Grúz, 1, 1.º - Teléf. 222567
MADRID

«¡Si al menos hoy conocieras tú al que puede traerte la paz!...»

Entre las actividades más sobresalientes que vienen llevándose al cabo para la formidable tarea de la consolidación de la paz, figuran sin duda alguna las que el Presidente de Estados Unidos ha encomendado a Miron Taylor. Se trata, (según uno y otro han declarado) de un vasto plan de colaboración de «todos los dirigentes religiosos del mundo», de «todos los organismos del bien, para asegurar una paz verdadera».

Forma parte de este plan la carta que el Presidente Truman ha dirigido a Su Santidad Pío XII, y que el Romano Pontífice ha contestado con infinita cortesía y condescendencia. ¿Cómo, en efecto, no había de agradecer el Papa lo que hay de deferencia en el gesto de Truman su confesión de que «una paz verdadera sólo puede ser construída sobre los principios cristianos»?

Mas, si se analiza la referida carta, ¡cuánta incomprensión se observa en ella de estos mismos principios cristianos, del valor sobrenatural de la figura que los encarna en la tierra! Sería mucho atrevimiento querer interpretar los sentimientos del Papa en esta ocasión, pero nos viene espontáneamente a la memoria la amarga tristeza de Jesucristo, cuyo Vicario es, cuando en pleno Domingo de Ramos lloró sobre Jerusalén diciendo: «¡Si al menos hoy conocieras tú al que puede traerte la paz! Pero ahora está oculto a tus ojos.»

No quisiéramos que amigos nuestros muy queridos nos acusaran en este momento, como en otras ocasiones, de dureza e incluso de tendenciosidad. No tendrían razón. No queremos pedir de Truman lo que no puede dar de sí, y si insistimos en hacer notar a nuestros lectores que no puede dar más de sí, no es para precipitarles en un desánimo que es preciso evitar a toda costa, ni menos para rechazar la ayuda que desde el más grande al más pequeño, con tal que quede en su corazón algo de buena voluntad, puede aportar a la obra de la paz, sino para invitarle a considerar, más allá de soluciones incompletas — que, estamos seguros de ello, de ninguna manera les infunden verdadera tranquilidad y confianza, — un ideal más alto, al que este desánimo no pueda nunca alcanzar.

Ni es tampoco quisquillosidad nuestra, que se ceba en los detalles, aunque sean, como ha dicho un leído periodista, detalles que a veces importan. Se trata de una cuestión de fondo, de principios, que representa el acierto o desacierto en el enfoque mismo del problema. Prescindiendo, en efecto, del contenido de la carta de Truman, el tono de la misma, o si se quiere, el nivel por donde toda ella discurre, es el de un total naturalismo, su espíritu es, desgraciadamente, liberal. No mira al Papa — ni era posible que lo hiciese, porque ello equivaldría ya a profesarse católico — con mirada sobrenatural, como el auténtico representante de Jesucristo en la tierra; ahora bien, la fe cuya renovación, al decir del Presidente, es la mayor necesidad del mundo actual, por aquí debiera empezar.

¿Es incomprensión recordar esto a nuestros lectores, afianzarles en este convencimiento? Creemos, sinceramente, que no. Más todavía: creemos como hemos dicho en otras ocasiones (1), que es esta, justamente, la necesidad más urgente de nuestro tiempo: sobrenaturalizarlo todo, incluso al Romano Pontífice. Ver en él, más que su figura humana, la de Aquel a quien representa entre nosotros, a Jesucristo viviente en su Iglesia. La indigencia de nuestro tiempo, el alma maltrecha de nuestra sociedad, los anhelos de todo el mundo que claman por la verdadera paz, ¿no es esto lo que, sin darse cuenta, reclaman? ¿Y no es deber de los católicos el no escatimarles la luz de la verdad plena, donde toda luz y toda verdad se contienen? ¿No es este el sentido de la Encíclica «Annum Sacrum» cuyo cincuentenario se avecina y cuyo espíritu es la esencia misma del de Su Santidad Pío XII?



(1) CRISTIANDAD, núm. 39, «Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey»

1899-1939

El Papa Pío XII pondera el sentido y valor de la Encíclica ANNUM SACRUM

Cuarenta años de historia contemporánea han conducido, bien lógicamente, a una trágica situación: la guerra mundial de 1939-1945. Y algo más trágico todavía e igualmente lógico; esta tempestad no ha servido para despejar el ambiente que sigue cargado de tenebrosas amenazas... En estas circunstancias, la Encíclica «Annum Sacrum» -acto de un hombre que tan profundamente conocía las necesidades de nuestra época - aparece al espíritu iluminado por la fe en toda su providencial oportunidad.

«Cuanto más crece la altivez de los enemigos de Cristo...»

Era en octubre de 1939, Pío XII, recientemente ascendido al Solio pontificio, acaba de dirigir al pueblo Cristiano su primera Encíclica, la «Summi Pontificatus», firmada en su residencia de Castelgandolfo.

La fecha de su publicación no es casual, sino elegida a propósito: el Papa desea que este documento de salutación en que señalará las directrices de su pontificado, llegue a conocimiento de todos los Obispos del orbe precisamente en la fecha de Jesucristo Rey.

Un acontecimiento, no por descontado menos terrible, sorprende al Pontífice en plena redacción de este su mensaje: el desencadenamiento de la guerra. La pluma del Pontífice registra, con mecánica fidelidad, el intenso sobrecogimiento que se apoderó de su corazón de padre. El hilo de su discurso se interrumpe: parece que la sangre ha detenido su pulso. Mas sigue de nuevo la marcha con renovado ímpetu, y el grito de dolor que sus labios no pueden contener, es a la vez un grito de renovada confianza. Todos nuestros lectores conocen el pasaje:

«En el momento en que escribimos estas líneas, Nos llega la espantosa noticia de que, no obstante todos nuestros esfuerzos por conjurarlo, el terrible huracán de la guerra se ha desencadenado ya. Nuestra pluma quisiera detenerse ante el pensamiento que nos abruma del abismo de sufrimientos de un sinnúmero de personas a las que todavía ayer sonreía un rayo de modesto bienestar en el ambiente familiar. Nuestro corazón paternal se llena de angustia al prever todo lo que podrá brotar de la tenebrosa semilla de la violencia y del odio, a los que la espada abre hoy surcos sangrientos.

»Pero precisamente ante estas apocalípticas previsiones de inminentes y futuras desventuras, juzgamos deber nuestro levantar con creciente insistencia los ojos y los corazones de los que todavía conservan un sentimiento de buena voluntad, hacia el Único de quien viene la salvación del Mundo; hacia el Único que con mano omnipotente y misericordiosa puede poner fin a esta tempestad; hacia el Único que con su verdad y amor puede iluminar las inteligencias y encender los ánimos de esta parte tan ingente de la humanidad que está sumergida

en el error, en el egoísmo, en altercados y luchas, para encaminarla de nuevo, conforme al espíritu de la Realeza de Cristo.»

¡Ojalá que así fuera! ¡Ojalá que la guerra, que de sí viene a romper brutalmente la solidaridad entre los hombres, fuera ocasión para que meditara cuán nefasto es el camino que la civilización moderna ha emprendido pertinazmente, y volvieran al gobierno y espíritu de Cristo!

«Tal vez (Dios lo quiera) se puede esperar que esta hora de máxima indigencia cambie la manera de pensar y sentir de muchos que hasta ahora, con ciega confianza, avanzaban por el camino de los errores modernos, tan extendidos, sin sospechar lo insidioso e incierto del terreno que pisaban. Tal vez muchos que no entendían la importancia de la misión educadora y pastoral de la Iglesia, comprenderán ahora mejor sus amonestaciones, que ellos desatendieron en la falsa seguridad de tiempos pasados. Las angustias presentes son la apología más impresionante del Cristianismo, tal que no puede haberla mayor. De la gigantesca vorágine de errores y movimientos anticristianos se han cosechado frutos tan amargos que constituyen una condena cuya eficacia supera a toda refutación teórica.

»Horas de tan penosa desilusión son con frecuencia horas de gracia; un pasar del Señor, «*transitus Domini*», en el que a la palabra del Salvador: «*He aquí que estoy a la puerta y llamo*» se abren puertas que de otro modo permanecerían cerradas.

»Sabe Dios con qué amor de compasión, con qué santo júbilo se vuelve nuestro corazón a los que, como efecto de tan dolorosas experiencias, sienten nacer en sí el deseo impelente y saludable de la verdad, de la justicia y de la paz de Cristo. Pero aún para aquellos para quienes no ha sonado todavía la hora de la iluminación celeste, nuestro corazón no conoce sino amor, y nuestros labios no tienen sino plegarias al Padre de las luces, para que haga brillar en su ánimo, indiferente o enemigo de Cristo, un rayo de aquella luz que un día transformó a Saulo en Pablo, de aquella luz que ha patentizado su fuerza misteriosa precisamente en los momentos más difíciles de la Iglesia.»

Que por lo menos para la familia católica, y aun para todos aquellos que creen en Dios, los hechos que presenciamos aviven y fortalezcan el sentimiento de nuestra sobrenatural y humana fraternidad:

«Las experiencias, las ansiedades, y las pruebas de la hora actual despiertan, purifican y agudizan el sentimiento de solidaridad católica, en grado raras veces conseguido. Ellas igualmente excitan en todos los que creen en Dios y en Cristo el reconocimiento de una amenaza común proveniente de un común peligro.

»De este espíritu de solidaridad católica que es recogimiento, firmeza de criterio, resolución y voluntad de victoria, experimentamos nosotros un solo consolador e inolvidable en aquellos días en los que, con trémulo paso, pero confiando en Dios, tomamos posesión de la cátedra que la muerte de nuestro grande predecesor había dejado vacante.

»Y si ya desde aquel primer momento sentíamos todo el peso de las graves responsabilidades anejas a la mayor potestad que nos confería la Providencia divina, nos consolaba grandemente al mismo tiempo ver aquella grandiosa y palpable demostración de la indivisible unidad de la Iglesia católica, que tanto más compacta se abraza a la indestructible roca de Pedro y forma a su alrededor muros y antemuros más fuertes cuanto más crece la altivez de los enemigos de Cristo.»

«Bajo las insignias de Cristo Rey»

Desde este primer documento suyo, el Papa busca esta unidad de la familia católica bajo las insignias de Cristo Rey. Sabe, en efecto, que si tal hace, no le faltará la entusiasta aprobación de todos los suyos:

«Al poner esta primera Enciclica de nuestro pontificado, con el corazón rebotante de confiada esperanza, bajo la insignia de Cristo Rey, nos sentimos absolutamente seguros de la unánime y entusiasta aprobación de toda la grey del Señor.

»Al comienzo del camino que conduce a la indigencia espiritual y moral de los tiempos presentes, se yerguen los nefastos esfuerzos de no pocos por destronar a Cristo, el apartamiento de la Ley de la verdad que Él anunció, de la Ley de amor, aliento vital de su Reino.

»El reconocimiento de los derechos reales de Cristo y la vuelta, tanto de los particulares como de la sociedad a esta ley de su verdad y de su amor, son la única vía de salvación.»

Conseguir este retorno es la misión de la Iglesia y de sus hijos. ¿No les abrumará tamaña responsabilidad? No, dice el Pontífice:

«Esta misión, por su grandiosidad, debería, al parecer, desalentar los corazones de los que forman la *Iglesia militante*. Pero el procurar la difusión del Reino de Dios, que la Iglesia cumplió en todos los

siglos de varios modos, con diversos medios, en medio de múltiples y duras luchas, es una orden de mando a la que están obligados cuantos la gracia del Señor arrancó de la esclavitud de Satanás, llamándolos en el bautismo a ser ciudadanos de aquel Reino. Y al pertenecer a él, vivir conforme a su espíritu, trabajar por su difusión y hacer asequibles sus bienes aun a aquella parte de la humanidad que todavía está fuera de él, equivale en nuestros días a tener que luchar con oposiciones y obstáculos vastos, profundos y minuciosamente organizados como jamás lo fueron en tiempos anteriores, esto no dispensa de la franca y valerosa profesión de fe, sino más bien estimula a mantenerse firmes en la lucha, aun a costa de los mayores sacrificios.

»El que vive del espíritu de Cristo no se deja abatir por las dificultades que se oponen, antes bien se siente impulsado a trabajar con todas sus fuerzas confiando plenamente en Dios; no se sustrae a las apreturas y necesidades de la hora actual, sino hace frente a su dureza, dispuesto a la ayuda, con aquel amor que no rehuye el sacrificio, es más fuerte que la muerte, y no se deja apagar por las impetuosas aguas de la tribulación.

»Sentimos un íntimo aliento, un gozo celeste (por lo que diariamente elevamos a Dios nuestro agradecimiento humilde y profundo) al observar en todas las regiones del mundo católico evidentes señales de un espíritu que valerosamente arrostra las obligaciones gigantescas de la época actual, que con generosidad y decisión se afana por juntar en fecunda armonía, con el primer y principal deber de la propia santificación, la actividad apostólica para acrecentar el Reino de Dios.

»Del movimiento de los Congresos Eucarísticos, promovidos por nuestros predecesores con amoroso cuidado, y de la colaboración de los seculares, formados por la Acción Católica en el profundo convencimiento de su noble misión, brotan fuentes de gracia y reservas de fuerzas que, en tiempos como los presentes, en que aumentan las amenazas, las necesidades son mayores y arde la lucha contra el cristianismo, difícilmente podrían estimarse en lo que valen.

»Ellos, en verdad, han puesto su vida y su obra bajo la bandera de Cristo Rey, y pueden repetir con el Salmista: *«Yo consagro mis obras al Rey»*.

»Porque, en efecto, el *venga a nos el tu Reino* no sólo es el voto ardiente de sus plegarias, sino aún la regla directiva de sus acciones. En todas las clases, en todas las categorías sociales, esta colaboración de los seculares con el sacerdocio (cuando nos vemos forzados a observar con tristeza la desproporción entre el número y los deberes de los sacerdotes, cuando vemos cumplirse aún hoy la palabra del Salvador: la mies es mucha y los operarios pocos) encierra preciosas energías, a las que está confiada una misión que los corazones nobles y fieles no podrían desear más alta y consoladora.»

La Iglesia no puede renunciar al ejercicio de esta misión; y por otra parte, ninguna época ha tenido más necesidad de recibirla que la nuestra:

«Si por una parte la Iglesia no puede renunciar al ejercicio de esta misión, cuyo fin último es actuar aquí en la tierra el plan divino de restaurar en Cristo todas las cosas de los cielos y de la tierra; por otra su obra aparece más necesaria hoy que en época alguna, pues la triste experiencia enseña que los medios externos solos, las precauciones humanas y los expedientes políticos no producen lenitivo alguno eficaz a los males que aquejan a la humanidad.

»En medio de este mundo, en tan extraño contraste con *la paz de Cristo en el Reino de Cristo*, la Iglesia y sus fieles atraviesan años de prueba cuales rara vez conoció en su historia de luchas y sufrimientos. Pero precisamente en tales tiempos, quien permanece firme en la fe y tiene robusto el corazón, sabe que Cristo Rey, en la hora de la prueba que es la hora de la fidelidad, está más que nunca cerca de nosotros.

»Con el corazón destrozado por los sufrimientos y padecimientos de tantos hijos suyos, pero con el valor y firmeza que provienen de las promesas del Señor, la Esposa de Cristo avanza hacia amenazadoras tempestades. Y sabe que la verdad, que ella anuncia, y el amor que enseña y pone en práctica, serán los consejeros y cooperadores insustituibles de los hombres de buena voluntad en la reconstrucción de un mundo nuevo según la justicia y el amor, una vez que la humanidad, cansada de correr por las vías del error, habrá saboreado los amargos frutos del odio y de la violencia.»

Sentido y oportunidad de un mensaje celeste

«Si contemplamos bajo el aspecto de la eternidad: «sub specie aeternitatis» los acontecimientos externos y la evolución interna de los espíritus, ponderando de una parte sus progresos y de otra sus fallas, se Nos muestra claramente cuán grande es el significado sagrado de aquella consagración del género humano a Jesucristo Rey (que nuestro inmortal predecesor León XIII intimó al orbe al declinar el pasado siglo, en los umbrales del Año Santo); cuál el objetivo a que nos exhorta su íntimo significado; hasta qué punto purifica, ennoblece, robustece y defiende a las almas, y no menos claramente también cuán sabiamente procura la salud de la sociedad humana entera, y su verdadera y auténtica prosperidad.

»Cada vez con más claridad como mensaje de exhortación y de gracia divina, no tan sólo para la Iglesia, sino aún para todo el mundo, tan necesitado de estímulo y de guía que, sumergiéndose en culto de lo presente, se extraviaba cada vez más y se agotaba en la fría rebusca de ideales terrenos; mensaje a una humanidad que, en escuadrones cada vez más nutridos, se alejaba de la fe en Cristo

y más aún del reconocimiento y de la observancia de su Ley; mensaje contra una concepción del mundo para la que la doctrina de amor y de renuncia del Sermón de la Montaña y la divina acción de amor de la Cruz, eran escándalo y locura.

»Como un día el precursor del Señor, a los que le preguntaban con deseo de instruirse, proclamaba: «*He aquí el Cordero de Dios*», para prevenirles que el deseado de los pueblos, si bien todavía desconocido, moraba en medio de ellos; de la misma manera, el representante de Cristo, con aquel poderoso grito de conjuro: «*He ahí vuestro Rey*», se dirigía a los renegados, a los dudosos, a los indecisos, a los fluctuantes, que, o se negaban a seguir al Redentor glorioso, viviente y operante siempre en su Iglesia, o lo seguían con descuido y flojedad.

»De la difusión y del arraigo del culto del Divino Corazón del Redentor, que encontró su espléndida corona, no sólo en la consagración del género humano, al declinar del pasado siglo, sino aún en la introducción de la fiesta de la Realeza de Cristo por nuestro inmediato predecesor, de feliz memoria, han brotado inefables bienes para un sinnúmero de almas: *impetuoso río alegre la ciudad de Dios*. ¿Qué época necesitó más que la nuestra de tales bienes? ¿Qué época sufrió el tormento de vacío espiritual, de profunda indigencia interior más que la nuestra, a pesar de toda clase de progresos en el orden técnico y puramente civil? ¿No se le puede, quizá, aplicar la palabra reveladora del Apocalipsis: *Dices: rico soy y opulento, y de nada necesito; y no sabes que eres mísero y miserable y pobre y ciego y desnudo?*

Necesidad de espíritu de milicia. El peligro de deserciones

«Venerables hermanos: ¿Cabe obligación mayor y más urgente que la de *evangelizar las inconmensurables riquezas de Cristo* a los hombres de nuestra época? ¿Cabe cosa más noble que desplegar al viento las *banderas del Rey* ante los que siguieron y siguen banderas falaces, y reconquistar para el victorioso estandarte de la Cruz a los que lo han abandonado? ¿Qué corazón no debería arder y sentirse empujado a prestar su ayuda, a la vista de tantos hermanos y hermanas que, por errores, pasiones, instigaciones y prejuicios, se han alejado de la fe en el verdadero Dios y se han separado del alegre y salvador mensaje de Jesucristo? Quien pertenece a la *milicia de Cristo*, sea eclesiástico o seglar, ¿no debería sentirse espoleado e incitado a mayor vigilancia, a defensa más decidida, cuando ve crecer cada vez más los escuadrones de los enemigos de Cristo, cuando se da cuenta que los portavoces de tales tendencias, renegando o despreocupándose en la práctica de las verdades vivificadoras y de los valores encerrados en la fe en Dios y en Cristo, rompen sacrílegamente las tablas de los mandamientos de Dios para sustituirlas con tablas y normas de las que está desterrada la substancia

ética de la revelación del Sinaí, el espíritu del Sermón de la Montaña y de la Cruz? ¿Quién podrá mirar sin profundo dolor cómo semejantes desviaciones preparan una trágica cosecha en los que, en días de calma y de seguridad, se agrupaban entre los secuaces de Cristo, pero que, desgraciadamente, cristianos más de nombre que de hecho, en la hora que es menester perseverar, luchar, sufrir, hacer frente a las persecuciones ocultas o descubiertas, sucumben víctimas de la pusilanimidad, de la debilidad, de la incertidumbre, y, aterrorizados ante los sacrificios impuestos por su profesión cristiana, no encuentran fuerza para beber el amargo cáliz de los fieles de Cristo?

Día de renovación y despertar, en el Espíritu del Reino de Cristo

»En estas condiciones de tiempo y de espíritu, venerables hermanos, la inminente fiesta de Cristo Rey (para la cual os llegará esta nuestra primera encíclica) sea día de gracia y de profunda renovación y despertar en el espíritu del reino de Cristo. Sea día en el que la consagración del género humano al Corazón Divino, que debe celebrarse en modo particularmente solemne, reúna junto al trono del Eterno Rey los fieles de todos los pueblos y de todas las naciones en adoración y en reparación, para renovarle a Él y a su ley de verdad y amor, ahora y siempre, el juramento de fidelidad. Sea día de gracia para los fieles, en los cuales el fuego que el Señor vino a traer a la tierra se convierta en llama cada vez más luminosa y pura. Sea día de gracia para los tibios, los cansados, los hastiados, y en su corazón pusilánime maduren nuevos frutos de renovación de espíritu y de robustecimiento de ánimo. Sea también día de gracia para los que no han conocido a Cristo o lo han perdido; día en el que se eleve al cielo la oración de millones de corazones fieles; *la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo* pueda esclarecerles el camino de la salvación, y su gracia suscitar en el *corazón inquieto* de los extraviados la nostalgia de los bienes eternos, nostalgia que los empuje a volver a Aquel que desde el doloroso trono de la Cruz tiene sed de sus almas y ardiente deseo de ser también para ellos *camino, verdad y vida*.

La coincidencia providencial de un doble aniversario

«El arcano designio del Señor Nos ha confiado, sin algún merecimiento nuestro, la altísima dignidad y las gravísimas preocupaciones del Pontificado supremo, precisamente el año que recurre el cuadragesimo aniversario de la consagración del género humano al Sacratísimo Corazón del Redentor, que nuestro inmortal predecesor León XIII intimó al orbe al declinar el pasado siglo, en los umbrales del Año Santo.

»¡Con qué júbilo, emoción e íntima aprobación acogimos entonces como mensaje celeste la encíclica «ANNUM SACRUM», precisamente cuando, novel sacerdote, habíamos podido recitar: *Introibo ad altare Dei!* ¡Y con qué ardiente entusiasmo unimos nuestro corazón a los pensamientos y a las intenciones que animaban y guiaban aquel acto verdaderamente providencial de un Pontífice que con tan profunda agudeza conocía las necesidades y las llagas manifiestas y ocultas de su tiempo!

»¿Cómo, pues, no sentiremos hoy profundo reconocimiento a la Providencia que ha querido hacer coincidir nuestro primer año de pontificado con un recuerdo tan importante y querido de nuestro primer año de sacerdocio? ¿Cómo no acoger con júbilo tal coyuntura para hacer del culto al *Rey de Reyes y Señor de Señores* como la plegaria de introito de este nuestro pontificado, con el espíritu de nuestro inolvidable predecesor, y para fiel actuación de sus intenciones? ¿Cómo no hacer de él el alfa y el omega de nuestra voluntad, de nuestra esperanza, de nuestra enseñanza y de nuestra actividad, de nuestra paciencia y de nuestros sufrimientos, consagrado todos ellos a la difusión del Reino de Cristo?»

Resumen

Al subir al solio pontificio, Pío XII evoca, emocionado, el primer año de su sacerdocio, los sentimientos de aprobación y entusiasmo que habían por aquel entonces embargado su ánimo cuando León XIII, en los albores del siglo veinte, consagró a toda la Humanidad al Corazón de nuestro divino Redentor.

El sentido y valor de aquella consagración, su profunda adaptación a las necesidades de nuestro tiempo, aparecen clarísimamente a los ojos del Pontífice cuando contempla los hechos externos y la evolución de la mentalidad de los hombres en los años transcurridos desde entonces.

Persuadido de esto, tomará Pío XII como principio en qué apoyar y término al qué dirigir toda su voluntad, toda su esperanza, toda su labor apostólica; su propósito, el plan de su pontificado, no será otro que actuar fielmente las intenciones de su inmortal predecesor al realizar aquel acto providencial, y dirigirá todo su esfuerzo a divulgar la doctrina salvadora de la Realeza de Cristo, llamando a cobijarse bajo su bandera no tan sólo a los católicos, sino a todos los que conservan aún el nombre de cristianos y a los hombres todos de buena voluntad.

Transcribimos a continuación este hermosísimo documento de León XIII, del que con tanta frecuencia CRISTIANDAD ha publicado fragmentos, e invitamos a sus lectores a profundizar en su significado, a convencerse de la doctrina en ella expuesta y de la eficacia de la misma para la paz de las almas y la paz del mundo.

Muy pronto nos separará ya medio siglo de su publicación. ¿Encontrará este cincuentenario dispuesto nuestro ánimo para celebrarlo dignamente?

LEÓN XIII

Encíclica ANNUM SACRUM

INTRODUCCIÓN

Objeto de la Encíclica

Annum Sacrum, more institutoque maiorum in hac alma Urbe celebrandum, per apostolicas Litteras, ut probe nostis, nuperrime indiximus. Hodierno autem die, in spem auspiciisque peragenda sanctius religiosissimae celebritatis, auctores suasoresque sumus praeclarae cuiusdam rei, ex qua quidem, si modo omnes ex animo, si consentientibus libentibusque voluntatibus paruerint, primum quidem nomini christiano, deinde societati hominum universae fructus insignes non sine causa expectamus eosdemque mansuros.

Muy poco hace, hemos ordenado por Carta Apostólica, como sabéis, la próxima celebración del Año Santo en esta venerable ciudad, según costumbre de nuestros predecesores. Hoy, con la esperanza y el presagio de celebrar más santamente tan religiosa solemnidad, os exhortamos y aconsejamos una cosa excelente, de la que, en verdad, si todos a ella obedecieren de corazón y buena voluntad, esperaríamos, no sin motivo, frutos extraordinarios y permanentes, primero para el nombre cristiano y luego para todas las sociedades humanas.

Realización de un antiguo proyecto

Probatissimam religionis formam, quae in cultu Sacratissimi Cordis Iesu versatur, sancte tueri ac maiore in lumine collocare non semel conati sumus, exemplo Decessorum Nostrorum Innocentii XII, Benedicti XIII, Clementis XIII, Pii VI eodemque nomine VII ac IX: idque maxime per Decretum egimus die XXVIII Iunii mensis an. MDCCCLXXXIX datum, quo scilicet Festum eo titulo ad ritum primae classis eveximus. Nunc vero luculentior quaedam obsequii forma observatur animo, quae scilicet honorum omnium, quotquot Sacratissimo Cordi haberi consueverunt, velut absolutio perfectioque sit: eamque Iesu Christo Redemptori pergratam fore confidimus. Quamquam haec, de qua loquimur, haud sane nunc primum mota res est. Etenim abhinc quinque ferme lustris, cum saecularia solemnia imminerent iterum instauranda postea quam mandatum de cultu divini Cordis propagando beata Margarita Maria de Alacoque divinitus acceperat, libelli supplices non a privatis tantummodo, sed etiam ab Episcopis ad Pium IX in id undique missi complures, ut communitatem generis humani devovere augustissimo Cordi Iesu vellet. Differri placuit rem, quo decerneretur maturius: interim devovendi sese singillatim civitatibus data facultas volentibus, praescriptaque devotionis formula. Novis nunc accedentibus causis, maturitatem venisse rei perficiendae iudicamus.

Más de una vez hemos procurado proteger con verdadero esmero y poner en luz (a ejemplo de nuestros predecesores Inocencio XII, Benedicto XII, Clemente XIII, Pío VI, VII y IX del mismo nombre), la solidísima devoción que tiene por objeto el culto del Sacratísimo Corazón de Jesús; de un modo especial lo hicimos por Decreto dado el día 28 del mes de junio del año 1889, por el que elevábamos la Fiesta de este título a rito de primera clase. Mas ahora estamos pensando en un homenaje más grandioso que sea o manera de coronamiento y perfección de todos los honores que, hasta el presente, hubo costumbre de tributar al Sacratísimo Corazón, y esperamos que será gratisimo al Redentor Jesucristo. No es, sin embargo, esta la primera vez que movió el proyecto de que hablamos; pues ya hace casi cinco lustros que, con motivo de aproximarse la renovación del centenario de haber recibido la beata Margarita M.ª de Alacoque el mandato divino de propagar el culto del Sagrado Corazón, le fueron enviadas de todas partes a Pío IX, no solamente por personas privadas, sino por Obispos también gran número de súplicas en que se le rogaba que accediese a consagrar todo el linaje humano al augustísimo Corazón de Jesús. Entonces pareció mejor diferir el asunto para madurarlo más; entre tanto concedió licencia de consagrarse en particular a los pueblos que desearan hacerlo y se les prescribió a la vez la fórmula de consagrarse. Ahora, habiendo sobrevenido nuevas razones, juzgamos llegada la oportunidad de satisfacer aquellas súplicas.

MOTIVOS DE LA CONSAGRACIÓN

a) El derecho innato de su realeza suprema

Atque amplissimum istud maximum-que obsequii et pietatis testimonium omnino convenit Iesu Christo, quia ipse princeps est ac dominus summus. Videlicet imperium eius non est tantummodo in gentes catholici nominis, aut in eos solum, qui sacro baptisate rite abluti, utique ad Ecclesiam, si spectetur ius, pertinent, quamvis vel error opinionum devios agat, vel dissensio a caritate seiungat: sed complectitur etiam quotquot numerantur christianae fidei expertes, ita ut verissime in potestate Iesu Christi sit universitas generis humani. Nam qui Dei Patris Unigenitus est, eademque habet cum ipso substantiam, **splendor gloriae et figura substantiae eius**, huic omnia cum Patre communia esse necesse est, proptereaque quoque rerum omnius summum imperium. Ob eam rem Dei Filius de se ipse apud Prophetam, **Ego autem, effatur, constitutus sum rex super Sion montem sanctum eius. — Dominus dixit ad me: Filius meus es tu, ego hodie genui te. Postula a me, et dabo Tibi gentes hereditatem tuam et possessionem tuam terminos terrae.** Quibus declarat, se potestatem a Deo accepisse cum in omnem Ecclesiam quae per Sion montem intelligitur, tum in reliquum terrarum orbem, qua eius late termini proferuntur. Quo autem summa ista potestas fundamento nitatur, satis illa docent, **Filius meus es tu.** Hoc enim ipso quod omniun Regis est Filius, universae potestatis est heres: ex quo illa, **dabo Tibi gentes hereditatem tuam.** Quorum sunt ea similia, quae habet Paulus apostolus: **Quem constituit heredem universorum.**

Illud autem considerandum maxime, quid affirmaverit de imperio suo Iesus Christus non iam per apostolos aut prophetas, sed suis ipse verbis. Quaerenti enim romano Praesidi: **ergo rex es tu?** sine ulla dubitatione respondit: **tu dicis quia rex sum ego.** Atque huius magnitudinem potestatis et infinitatem regni illa ad Apostolos apertius confirmant: **Data est mihi omnis potestas in caelo et in terra.** Si Christo data potestas omnis, necessario consequitur, imperium eius summum esse oportere, absolutum, arbitrio nullius obnoxium, nihil ut ei sit nec par nec simile: cumque data sit in

Conviene de todo a Jesucristo este universal y completo testimonio de sumisión y de piedad, por ser el Príncipe y Señor Sumo. Su imperio, en efecto, no se limita tan sólo a los pueblos católicos, ni siquiera a aquellos que, por haber recibido válidamente el sagrado Bautismo, pertenecen de derecho a la Iglesia, aunque la herejía les aparte del recto camino o el cisma les separe de la caridad; sino que abraza incluso a los que no tienen parte en la fe cristiana; de suerte que, en realidad de verdad, todo el género humano se halla bajo el dominio de Jesucristo. Porque Él, que es el Unigénito de Dios Padre y tiene con él una misma sustancia, esplendor de su gloria y figura de su sustancia, como dice San Pablo, no puede menos de tener comunes con el Padre todas las cosas y por ende el supremo imperio de todas ellas. Por esta razón, el mismo Hijo anuncia de sí por boca de David: Mas Yo he sido puesto Rey sobre Sión, su monte santo. El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo, yo te engendré hoy. Pídemme y te daré las naciones en herencia y en patrimonio lo que abarcan los límites de la tierra.

Con estas palabras declara haber recibido de Dios potestad sobre toda la Iglesia, designada por el monte de Sión; como también sobre el resto del universo hasta donde sus límites se dilatan. El fundamento en que se apoya esta potestad lo enseñan suficientemente las palabras Tú eres mi Hijo; pues por lo mismo que es el Hijo del Rey Universal es heredero de un poder universal; de donde aquellas otras: Te daré las gentes en herencia; o como dice el Apóstol: Constituyólo heredero de todas las cosas.

Pero de una manera especialísima debemos considerar lo que Jesucristo afirmó expresamente (no ya por medio de sus apóstoles o profetas, sino por Sí mismo) de su imperio. Al preguntarle el gobernador romano: ¿Conque Tú eres Rey?, contestó sin vacilación alguna: Tú lo dices; Yo soy Rey. La grandeza de este poder y la inmensidad de este reino se ve confirmada más claramente aún en las palabras que dijo a los apóstoles: Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Si a Cristo se le ha dado «todo poder», síguese necesariamente que su imperio ha de ser supremo, absoluto, independiente de todo humano arbitrio, de tal manera que no haya

Heb. 1, 3

Ps. 11

Heb. 1, 2

Ioan. XVIII, 37

Math. XVIII, 18

caelo et in terra, debet sibi habere caelum terrasque parentia. Re autem vera ius istud singulare sibi que proprium exercuit, iussis nimirum Apostolis evulgare doctrinam suam congregare homines in unum corpus Ecclesiae per lavacrum salutis, leges denique imponere, quas recusare sine salutis sempiternae discrimine nemo posset.

b) El derecho adquirido por la Redención

Neque tamen sunt in hoc omnia. Imperat Christus non iure tantum nativo, quippe Dei Unigenitus, sed etiam quaesito. Ipse enim eripuit nos **de potestate tenebrarum, idemque dedit redemptio-nem semetipsum pro omnibus.** Ei ergo facti sunt **populus acquisitionis** non solum et catholici et quotquot christianum baptisma rite acceperunt, sed homines singuli et universi. Quam in rem apte Augustinus: **quaeritis, inquit, quid emerit? Videte quid dederit, et invenietis quid emerit Sanguis Christi praetium est. Tanti quid valet? quid, nisi totus mundus? quid, nisi omnes gentes? Pro toto dedit, quantum dedit.**

Coloss. I, 3
I Tim. II, 6
Petr. II, 9

Tract. 120
in Ioan

... que se extiende incluso a los infieles

Cur autem ipsi infideles potestate dominatuque Iesu Christi teneantur, causam sanctus Thomas rationemque, edisserendo, docet. Cum enim de iudiciali eius potestate quaesisset, num ad homines porrigatur universos, affirmassetque, **iudiciaria potestas consequitur potestatem regiam, plane concludit: Christo omnia sunt subiecta quantum ad potestatem, etsi nondum sunt ei subiecta quantum ad executionem potestatis.** Quae Christi potestas et imperium in homines exercetur per veritatem, per iustitiam, maxime per caritatem.

3.^a p. q. 5
a. 4

Con todo, Jesucristo admite y desea nuestra voluntaria consagración

Verum ad istud potestatis dominatio-nisque suae fundamentum duplex benigne ipse sinit ut accedat a nobis, si libet, devotio voluntaria. Porro Iesus Christus, Deus idem ac Redemptor, omnium est rerum cumulata perfecta que possessione locuples: nos autem adeo inopes atque egentes ut, quo eum munerari liceat, de

otro igual, ni semejante; y habiéndosele dado «en el cielo y en la tierra», uno y otra deben obedecerle sumisos. A la verdad, este derecho singular y propio lo ejerció luego que mandó a los apóstoles publicar su doctrina; reunir a los hombres, por el bautismo de salvación, en el cuerpo único de la Iglesia e imponer, finalmente, leyes cuyo cumplimiento nadie podría recusar sin peligro de su salvación.

Hay, sin embargo, todavía más. Cristo impera no solamente por derecho natural, como Unigénito de Dios que es, sino también por derecho adquirido. Porque Él mismo nos sacó del poder de las tinieblas, Él se entregó a Sí mismo para redimirnos a todos. Él se ha hecho, por consiguiente, con un «pueblo de adquisición»; formado, sí, de católicos y de cuantos válidamente recibieron el bautismo cristiano, pero también de todos y cada uno de los hombres. A este propósito dice San Agustín: «¿Preguntáis lo que compró? Ved lo que dió y hallaréis lo que compró. La sangre de Cristo es el precio. ¿Qué hay que tanto valga? ¿Qué, sino todo el mundo? ¿Qué, sino todas las gentes? Para comprarlo todo dió cuanto dió.»

Mas, ¿por qué razón hasta los mismos infieles están sujetos al poder y dominio de Jesucristo? Santo Tomás lo explica minuciosamente cuando después de haberse preguntado si su potestad judicial se extiende a todos los hombres y haber afirmado que la potestad judicial es consecuencia de la potestad real, concluye: Todas las cosas están sujetas a Cristo si se atiende a la potestad, aun cuando todavía no lo están sujetas todas en cuanto a la ejecución del poder. Este poder e imperio lo ejerce Cristo en los hombres por medio de la verdad, de la justicia y, muy principalmente, de la caridad.

Ahora bien; a este doble fundamento de su potestad y dominio, permite amorosamente Jesucristo que nosotros unamos, si nos place, nuestra voluntaria devoción.

En verdad que Jesucristo, Dios y Redentor a un mismo tiempo, es rico con la posesión colmada y perfecta de todo bien, mientras que nosotros, al contrario, somos pobres y necesitados

nostro quidem suppetat nihil. Sed tamen pro summa bonitate et caritate sua minime recusat quin sibi, quod suum est, perinde demus, addicamus, ac iuris nostri foret: nec solum non recusat, sed expetit ac rogat: **Fili praebe cor tuum mihi.** Ergo gratificari illi utique possumus voluntate atque affectione animi. Nam ipsi devovendo nos, non modo et agnoscimus et accipimus imperium eius aperte ac libenter: sed re ipsa testamur, si nostrum id esset quod dono damus, summa nos voluntate daturus; ac petere ab eo ut id ipsum, etsi plane suum, tamen accipere a nobis ne gravetur. Haec vis rei est, de qua agimus, haec Nostris subiecta verbis sententia.

¿Por qué hacerla precisamente al Sagrado Corazón?

— Quoniamque inest in Sacro Corde symbolum atque expressa imago infinitae Iesu Christi caritatis, quae movet ipsa nos ad amandum mutuo, ideo consentaneum est dicere se Cordi eius augustissimo: quod tamen nihil est aliud quam dedere atque obligare se Iesu Christo, quia quidquid honoris, obsequii, pietatis divino Cordi tribuitur, vere et proprie Christo tribuitur ipsi.

¿Por qué hacerla extensiva a todo el género humano?

Itaque ad istiusmodi devotionem voluntate suscipiendam excitamus cohortamurque quotquot divinissimum Cor et noscant et diligant: ac valde velimus, eodem id singulos die efficere, ut tot millium idem voventium animorum significaciones uno omnes tempore ad caeli templa perventur. — Verum numne elabi animo patiemur innumerabiles alios, quibus christiana veritas nondum affulsit? Atqui eius persona geritur a Nobis, qui venit salvum facere quod perierat, quique totius humani generis saluti addixit sanguinem suum. Propterea eos ipsos qui in umbra mortis sedent, quemadmodum excitare ad eam, quae vere vita est, assidue studemus, Christi nuntii in omnes partes ad erudiendum dimissis, ita nunc, eorum miserati vicem, Sacratissimo Cordi Iesu commendamus maiorem in modum et, quantum in Nobis est, dedicamus.

hasta el extremo de no disponer del más pequeño don que ofrecerle. Mas esto no obstante, Él, por su bondad y caridad suma, no rehusa que, como si fuere nuestro, le demos y consagremos lo que es suyo; y no solamente no lo rehusa, antes bien, pídelo con ardientes ruegos: Hijo, dame tu corazón. Es, pues, cierto que podemos corresponderle con los deseos y afectos de nuestra alma. Porque, consagrándonos a Él, reconocemos y recibimos sincera y gustosamente su imperio, y por lo mismo protestamos de que si los dones que le ofrecemos fuesen nuestros, se los daríamos igualmente con la mejor voluntad; pidiéndole que, aun siendo completamente suyos, no desdeñe recibirlos de nosotros. Tal es el alcance de la devoción que os proponemos, tal el sentido de nuestras palabras.

Y porque el Corazón de Jesús es símbolo e imagen viva del amor infinito de Jesucristo, que está reclamando nuestra correspondencia, por eso es muy conveniente consagrarse a su augustísimo Corazón; lo cual no es más que entregarse y obligarse a Jesucristo, pues que todo el honor, obsequio y devoción hacia el Corazón divino termina verdadera y propiamente en la persona misma de Cristo.

Así, pues, a cuantos conocen y aman al Corazón divino, les animamos y exhortamos a que reciban con agrado la consagración que Nos proponemos; y muy de veras ansiamos que todos y cada uno la practiquen el mismo día, para que las expresivas demostraciones de tantos millares de fieles como deben consagrarse, todas al mismo tiempo sean transportadas a los cielos. Y en esos momentos ¿no habrá un lugar en nuestro corazón para otros innumerables que aun no han sido ilustrados por el brillo de la verdad cristiana? Somos representantes de Aquel que vino a salvar lo que había perecido, y que ofrecía su sangre por la salvación de todo el mundo. Por esto, a esos mismos que permanecen sentados en la sombra de la muerte, de igual modo que les proporcionamos en todo tiempo misioneros de Cristo que les resuciten a la verdadera vida, así ahora, compadecidos de su suerte, les encomendamos singularmente, y cuanto en Nos está, les consagramos al Sacratísimo Corazón de Jesús.

FRUTOS A ESPERAR DE ESTA CONSAGRACIÓN

Para los individuos

— Qua ratione haec, quam cunctis suademus, cunctis est profutura devotio. Hoc enim facto, in quibus est Iesu Christi cognitio et amor, ii facile sentient sibi fidem amoremque crescere. Qui, Christo cognito, praecepta tamen eius legemque negligunt, iis fas erit e Sacro Corde flammam caritatis arripere. Iis demum longe miseris, qui caeca superstitione conflictantur, caeleste auxilium uno omnes animo flagitabimus, ut eos Iesus Christus, sicut iam sibi habet subiectos **secundum potestatem**, subiiciat aliquando **secundum executionem potestatis**, neque solum **in futuro saeculo, quando de omnibus voluntatem suam implebit, quosdam quidem salvando, quosdam puniendo**, sed in hac etiam vita mortali, fidem scilicet ac sanctitatem impertiendo; quibus illi virtutibus colere Deum queant, uti par est, et ad sempiternam in caelo felicitatem contendere.

S. Thom.
I, c.

Por cuya razón, esta consagración que a todos aconsejamos a todos ha de aprovechar.

A aquellos en que existe el conocimiento y amor de Jesucristo, porque fácilmente sentirán crecer en sí la fe y el amor. A los que, habiendo ya conocido a Cristo, descuidan, no obstante, sus mandamientos y su ley, bueno les será tomar del Sagrado Corazón la llama de la caridad.

Finalmente, para aquellos muchos más desgraciados todavía que están sumidos en ciegas supersticiones, todos a una pediremos con instancia el auxilio celeste, para que Jesucristo, así como ya los tiene sometidos a Sí según la potestad, los someta algún día según la ejecución de la misma potestad; y no sólo en el futuro siglo, cuando se cumplirá su voluntad, respecto de todos, salvando a unos y condenando a otros, sino también en esta vida mortal, concediendo la fe y la santidad, con cuyas virtudes ellos puedan honrar a Dios, como es justo, y caminar a la eterna felicidad en el cielo.

Para las naciones

Cuiusmodi dedicatio spem quoque civitatibus affert rerum meliorum, cum vincula instaurare aut firmiter possit adstringere, quae res publicas natura iungunt Deo.

— Novissimis hisce temporibus id maxime actum, ut Ecclesiam inter ac rem civilem quasi murus intersit. In constitutione atque administratione civitatum pro nihilo habetur sacri dinique iuris auctoritas, eo proposito ut communis vitae consuetudinem nulla vis religionis attingat. Quod huc ferme recidit, Christi fidem de medio tollere, ipsumque, si fieri posset, terris exigere Deum. Tanta insolentia elatis animis, quid mirum quod humana gens pleraque in eam inciderit rerum perturbationem iisque iactetur fluctibus, qui metu et periculo vacuum sinant esse neminem? Certissima incolumitatis publicae firmamenta dilabi necesse est, religione posthabita. Poenas

Esta consagración proporciona incluso a las naciones esperanza de mejor estado de cosas, porque puede establecer o estrechar más fuertemente los lazos naturales que unen a los Estados con Dios.

En estos últimos tiempos se ha procurado con el mayor empeño levantar a manera de un muro entre la Iglesia y la sociedad civil. En las constituciones y gobierno de los pueblos para nada se tiene en cuenta la autoridad del derecho sagrado divino, con el marcado propósito de que ninguna influencia ejerza la religión en la vida común y social. Lo cual casi es tanto como arrancar de raíz la fe de Cristo y desterrar del mundo, si posible fuese, al mismo Dios. Enorgullecidos los ánimos con tanta altanería, ¿qué tiene de extraño que el género humano en gran parte haya venido a parar a tal perturbación de cosas y se halle agitado por borrascas tales que a nadie dejan exento de miedo y de peligro? Los más seguros fundamentos de la prosperidad pública necesariamente vacilan cuando se posterga la religión. Por esto, Dios, que ha de impo-

autem Deus de perduellibus iustas meritasque sumpturus, tradidit eos suae ipsorum libidini, ut serviant cupiditatibus ac sese ipsi nimia libertate conficiant.

ner justas y merecidas penas a los traidores, los ha entregado a sus pasiones para que sirvan sus antojos y se destruyan ellos mismos con los excesos de su licencia.

La revelación del Corazón de Jesús, presagio de salud

Hinc vis illa malorum quae iamdiu insident, quaeque vehementer postulant, ut unius auxilium exquiratur, cuius virtute depellantur. Quisnam autem ille sit, praeter Iesum Christum Unigenitum Dei? **Neque enim aliud nomen est sub caelo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri.** Ad illum ergo confugiendum, qui est **via, veritas et vita.** Erratum est: redeundum in viam: obductae mentibus tenebrae: discutienda caligo luce veritatis: mors occupavit: apprehendenda vita. Tum denique licebit sanari tot vulnera, tum ius omne in pristinae auctoritatis spem revirescet, et restituentur ornamenta pacis, atque excident gladii fluentque arma de manibus, cum Christi imperium omnes accipient libentes eique parebunt, **atque omnis lingua confitebitur quia Dominus Iesus Christus in gloria est Dei Patris.**

Act. IV, 12

Cum Ecclesia per proxima originibus tempora caesareo iugo premeretur, inspecta sublime adolescenti imperatori crux, amplissimae victoriae, quae mox est consecuta, auspex simul atque effectrix. En alterum hodie oblatum oculis auspiciatissimum divinissimumque signum: videlicet Cor Iesu sacratissimum, superimposita cruce, splendidissimo candore inter flammam elucens. In eo omnes collocandae spes: ex eo hominum petenda atque expectanda salus

Phil. II, 11

De aquí la violencia de unos males ya endémicos y que a grandes voces piden que se busque únicamente el auxilio de quien puede hacerlos desaparecer. Pero ¿quién va a ser éste sino Jesucristo Unigénito de Dios? Porque no hay otro hombre bajo el cielo, dado a los hombres en el que podamos ser salvos. Urge, pues, acudir a Aquel que es el camino, la verdad y la vida. Nos hemos extraviado; hay que volver al camino; las tinieblas se han apoderado de nuestras inteligencias; preciso es desvanecer la obscuridad con la luz de la verdad: la muerte lo ha invadido todo, hay que asirse a la vida. Entonces, por fin, nos será posible cicatrizar tantas heridas; entonces, todo derecho reverdecerá con la esperanza de obtener su pristina autoridad, retornarán los ornatos de la paz, y los hombres dejarán caer las espadas y soltarán de sus manos las armas, cuando sea un hecho que todos se sometan al imperio de Cristo y gustosos le obedezcan, y toda lengua confiese que Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.

Cuando la Iglesia, cercana aún a sus orígenes, se sentía oprimida por el yugo cesáreo, se dejó ver la Cruz en lo alto, al joven Emperador, preuncio y causa a la par de la victoria nobilísima que al poco se siguió. He aquí que hoy se ofrece a nuestros ojos una señal dichosísima y divinísima: es a saber, el Corazón sacratísimo de Jesús, surmontado por la Cruz y refulgiendo entre llamas de purísimo resplandor. En Él hay que poner la esperanza; de Él hay que impetrar y esperar la salvación.

CONCLUSIÓN

Acción personal de gracias

Denique, id quod praeterire silentio nolumus, illa quoque causa, privatim quidem Nostra, sed satis iusta et gravis, ad rem suscipiendam impulit, quod bonorum omnium auctor Deus Nos haud ita pridem, periculoso depulso morbo, conservavit. Cuius tanti beneficii, auctis

Finalmente, no podemos pasar en silencio un motivo personal Nuestro, bien que suficientemente justo y grave, que nos ha impulsado a esta determinación: que Dios, dador de todos los bienes, Nos ha librado hace poco de una enfermedad peligrosa. De cuyo gran beneficio Nos, al promover ahora estos honores al Sacratísimo Co-

nunc per Nos Sacratissimo Cordi honoribus, et memoriam publice extare volumus et gratiam.

razón, es nuestra voluntad que éstos sean un testimonio público de recuerdo y de gratitud.

Prescripción de la Consagración

Itaque edicimus ut diebus nono, decimo, undecimo proximi mensis Iunii, in suo cuiusque urbis atque oppidi templo principe statae supplicationes fiant, perque singulos eos dies ad ceteras preces Litaniae Sanctissimi Cordis addiciantur auctoritate Nostra probatae: postremo autem die formula Consecrationis recitetur: quam vobis formulam. Venerabiles Fratres, una cum his litteris mittimus.

Divinorum munerum auspicem benevolentiaque Nostrae testem vobis et clero populoque, cui praeestis, apostolicam benedictionem peramanter in Domino impertimus.

Datum Romae apud Sanctum Petrum die XXV Maii, An. MDCCCLXXXIX, Pontificatus Nostri vicesimo secundo.

LEO PP. XIII

Por lo tanto, mandamos que en los días 9, 10 y 11 del próximo mes de junio, en el templo principal de cada ciudad o pueblo se hagan las oraciones o rogativas preceptuadas, y que en cada uno de estos días se añadan a las demás preces las Letanias del Sacratísimo Corazón de Jesús, aprobadas por Nuestra autoridad; y que en el último día se recite la fórmula de la consagración, que juntamente con estas Letras, a vosotros, Venerables Hermanos, os enviamos.

Como presagio de los divinos dones y en testimonio de Nuestra benevolencia, a Vosotros y al clero y pueblo a que presidís, os damos, con el mayor amor en el Señor, la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, día 28 de mayo de 1899, de Nuestro Pontificado el vigésimosegundo.

LEON PAPA XIII

Es necesario que Cristo reine

Mas como en el siglo precedente y en el nuestro, por las maquinaciones de los impíos se llegó a despreciar el imperio de Cristo Nuestro Señor y a declarar públicamente la guerra a la Iglesia, con leyes y mociones populares contrarias al derecho divino y a la ley natural, y hasta hubo asambleas que gritaban: «No queremos que reine sobre nosotros» (*Luc., 19, 14*), por esta consagración que decíamos, la voz de todos los amantes del Corazón de Jesús prorrumplía unánime oponiendo acérrimamente para vindicar su gloria y asegurar sus derechos: «Es necesario que Cristo reine (*I Cor., 15, 25*). Venga su reino». De que fué consecuencia feliz que todo el género humano, que por nativo derecho posee Jesucristo, único en quien todas las cosas se restauran (*Efes., 1, 10*), al empezar este siglo se consagrara al Sacratísimo Corazón por nuestro predecesor León XIII, de feliz memoria, aplaudiendo el orbe cristiano.

PIO XI



PILATO, pues, oídas estas razones, sacó afuera a Jesús, y se sentó en el tribunal. Era la Parasceve (o «Preparación») de la Pascua, la hora cerca de sexta, y dice a los judíos:

—Ved ahí vuestro Rey.

Gritaron, pues, ellos:

—Quita, quita; crucifícale.

Díceles Pilato:

—¿A vuestro Rey he de crucificar?

Respondieron los pontífices:

—No tenemos Rey, sino César.

Consagración a Cristo-Rey del Reino de Ruanda

El pasado año y en el día de Cristo-Rey, Ruanda, enclavada en el Africa Oriental y formando una región del Congo Belga, se consagró a Cristo-Rey. En la solemne ceremonia se inauguró un monumento a la Realeza de Cristo en la capital del Reino de Ruanda, en Nyanza. El acto de Consagración, leído por el mismo Rey de Ruanda, es una oración hermosísima, llena de todo el profundo sentido católico que la solemnidad requería; oración y acto que debiera ser ejemplo para todas las naciones del mundo, deduciendo, del hecho y del contenido, el único camino que, a través de la Verdad, nos conduciría a esa paz, moral y material, que hoy busca inútilmente el mundo por erróneos caminos. Dios Nuestro Señor se vale de los humildes para enseñarnos grandezas y los hoy grandes del mundo no debieran menospreciar la profunda y sencilla sabiduría encerrada en las palabras de consagración del Rey de ese pequeño pueblo recién venido a la Cristiandad. La fórmula del acto de consagración (1) de Ruanda a Cristo-Rey fué la siguiente:

«Señor Jesús, Rey de todos los hombres y de todas las naciones: Yo Mutara Carlos León Pedro Rudahigwa, me inclino ante Ti, así como ante tu Madre la Virgen María, Reina de la Tierra y del Cielo.

»Reconozco que Tú eres el soberano dueño de Ruanda, raíz de la cual procede todo poder y toda fortaleza. Señor Jesús, Tú eres el que ha formado nuestro país. Tú le has dado una larga estirpe de reyes para que lo gobernarán en tu lugar, aunque todavía no te conocían.

»Al llegar el tiempo fijado por tu Providencia, te has dado a conocer. Nos has enviado a tus Apóstoles, que nos han traído la Luz y la Vida.

»Al mismo tiempo nos has enviado una nación para que nos guíe en el camino del progreso y nos haga participar abundantemente de los bienes de la civilización.

»Ahora que ya te conocemos, confesamos públicamente que Tú eres nuestro Dueño y nuestro Rey.

»Señor, yo te entrego mi país, mis compatriotas, mi propia persona.

»Haz que los hombres de Ruanda amen a su Patria, que

trabajen a fin de hacerla progresar y para que reine en ella esa paz que Tú has traído al mundo.

»Que abandonen los errores y vicios del paganismo para seguir fielmente tu camino.

»Haz que todas las mujeres de Ruanda honren su maternidad.

»Que sean fieles a sus esposos, como Tú eres fiel a la Iglesia, y que no formen con ellos más que un solo cuerpo.

»Que modelen el corazón de sus hijos y que les inspire el respeto y el amor hacia Ti y hacia su Patria.

»Que todos los Jefes de Ruanda gobiernen este país en Justicia. Que todos sus juicios sean imparciales. Que no tengan preferencia alguna, para que ninguno de mis súbditos sea perjudicado. Que abandonen el engaño, el rencor y el odio. Que cese entre ellos el espíritu de partido. Que todos sean una misma cosa en la caridad.

»Hoy, en el nombre de mi pueblo, me uno a todas las naciones cristianas para proclamar públicamente: Que Cristo-Rey y su Santa Madre reinen sobre todos los hombres, ahora y siempre.»

(1) Texto publicado por la revista «Iluminare» (Boletín de la Unión Misionaria del Clero de España), n.º 145, Julio-Septiembre 1947.

Por los muertos durante la guerra

(Intención del Apostolado de la Oración del mes de Noviembre)

Como el año anterior exhortamos de nuevo a orar por esta intención y a que se procure que otras personas oren. Se trata en primer lugar de los difuntos conocidos por Dios misericordioso y que están retenidos en el Purgatorio por largo tiempo y por los cuales no oraron sus parientes y amigos, o bien cesaron de orar. Es una obra de misericordia tanto más grata al Santísimo Corazón de Jesús, cuanto que aquéllos a los cuales deseamos consolar, ayudar y librar son desconocidos de nosotros. Es además una obra en gran manera propia del Apostolado de la Oración, porque cuantas almas sean admitidas antes a la visión beatífica por nuestras apostólicas oraciones, tantas tendremos como intercesoras en el cielo, que orarán por el aumento de nuestra Piadosa Unión. Recuerden nuestros socios que pueden ayudar a las almas detenidas en el Purgatorio con invocaciones repetidas fácilmente y con devoción durante el día, y a las cuales hay anexas indulgencias aplicables a los difuntos, con limosnas, con mortificaciones y muy especialmente con el Santo Sacrificio de la Misa.

(Comentario de la Intención de Noviembre, de la Dirección General del Apostolado)

LA MISIÓN DEL SEÑOR TAYLOR EN EUROPA



PIO XII

**FINALIDAD
Y ALCANCE DE SU ÚLTIMO VIAJE**

**CARTAS DE SU SANTIDAD PÍO XII
Y DEL SEÑOR TRUMAN**

LA IGLESIA Y EL LIBERALISMO

**EL SEÑOR TAYLOR CONFERENCIA
CON ELEMENTOS PROTESTANTES**

ANUNCIO DE NUEVAS ENTREVISTAS



TRUMAN

En el mes de agosto próximo pasado tuvo lugar un intercambio de cartas entre Su Santidad el Romano Pontífice, Pío XII, y el presidente de los Estados Unidos, señor Harry S. Truman, a iniciativa de este último, con motivo de la visita efectuada al Vaticano por su representante personal, señor Myron C. Taylor. La publicación de esta correspondencia en las páginas de la prensa mundial dió pie a un sin fin de comentarios de la más varia tendencia, pero que en su mayor parte parecían coincidir en la apreciación de que se había producido un hecho decisivo y totalmente inesperado gracias al nacimiento de una colaboración efectiva entre Washington y la Santa Sede — así se afirmó concretamente en alguna publicación —, iniciada precisamente al calor de la invitación formulada por el señor Truman. Tales comentarios tuvieron la virtud de provocar cierto estado confusionista, totalmente infundado, por otra parte, y una ola de imputaciones falsas, calumniosas, como ha sido concretamente, entre otras muchas, la de suponer gratuitamente que el referido intercambio de puntos de vista supone nada menos que una reconciliación del catolicismo con el doctrinarismo liberal. ¡A tanto pueden llegar las falsas ilusiones de los que tratan a toda costa de buscar un punto de contacto que borre el abismo definitivo que separa esencialmente la Verdad del error, y que con absurdos pretextos intentan moverse den-

tro de uno y otro campo, aunque sea sacrificando los principios básicos y fundamentales de la doctrina y del pensamiento cristianos!

Seguramente, quienes así se han atrevido a interpretar dicho acontecimiento no han leído con detención, o no se han fijado atentamente, en el contenido de aquella correspondencia, y sobre todo han olvidado ciertos pormenores decisivos cuyo conocimiento es indispensable para profundizar con exactitud el alcance de determinadas iniciativas. Por ello, creemos de la mayor utilidad e interés reproducir la traducción de las referidas cartas, partiendo del texto que de las mismas publicó la revista *Ecclesia*, de Madrid, cotejada con la traducción italiana que a su debido tiempo dió a luz *L'Osservatore Romano*, acompañándola de breves indicaciones para que el lector se dé rápidamente cuenta de los puntos principales que en ellas se contienen. Además, para que pueda entenderse con cierta precisión el verdadero alcance de la carta del señor Truman y la trascendencia de la misión encomendada al señor Taylor en su último viaje a Europa, bueno será repasar de nuevo los comunicados que señalaron el comienzo y el término de la indicada misión, con lo cual, al propio tiempo, será más fácil comprender hasta qué punto puede hablarse de una «entente» entre el Vaticano y los dirigentes responsables de los Estados Unidos de Norteamérica.

I

DECLARACIÓN DEL SEÑOR TRUMAN SOBRE LA VISITA DEL SEÑOR TAYLOR AL VATICANO

En un comunicado facilitado por la Casa Blanca, firmado por el presidente Truman, y publicado el día 19 del pasado mes de agosto, sobre el viaje a Roma del representante personal del Presidente cerca de la Santa Sede, después de un largo paréntesis de ocho meses durante el cual el señor Taylor estuvo ausente del Vaticano, se precisaba el carácter y finalidad de la misión que se le confiaba en este nuevo período de actuación. Decía así dicho comunicado:

«Por petición mía, el honorable Myron Taylor se dirige a Roma como mi representante personal para cambiar impresiones con Su Santidad el Papa Pío XII sobre problemas relativos al establecimiento de una paz basada en el orden moral del mundo, para aliviar los sufrimientos de los humanos que todavía se padecen en muchas partes del mundo.»

Sin embargo, el viaje del señor Taylor no terminaba en Roma, ni había de limitarse a tratar de los referidos problemas con el Santo Padre:

«También he solicitado del señor Taylor que converse con otros líderes sobre problemas similares durante su estancia en Europa.»

¿Cuál había de ser el objetivo de tales conversaciones?

«El propósito de estas conversaciones es, como en anteriores ocasiones, recoger, para mi orientación y ayuda, los diversos puntos de vista e impresiones concernientes a las condiciones existentes que afectan a la paz y al alivio de las desdichas, y obtener la cooperación activa de todos los hombres y todas las mujeres de buena voluntad, sea en la religión, en el gobierno, o en otras actividades de la vida, para el interés del progreso hacia la solución de estos problemas.»

A LA LUZ DEL VATICANO

»Busco por este medio una clarificación de la naturaleza de las tareas vitales a que hace frente cada una de las naciones que se han ofrecido a cooperar en el establecimiento y mantenimiento de la paz y la seguridad internacional y a promover el progreso económico y social. Deseo beneficiarme con los puntos de vista constructivos y las sugerencias de los líderes de diversos lugares, a fin de que el pensamiento y la acción de los Estados Unidos, en lo que a los asuntos mundiales respecta, contribuya a ese orden moral mundial de paz, y seguridad, y bienestar, por el cual nosotros, y las demás Naciones Unidas, luchamos hasta la victoria en la segunda guerra mundial.»

Hasta aquí el comunicado del señor Truman. La visita al Romano Pontífice se convertía así, explícitamente, en una de tantas conversaciones que el señor Taylor había de tener con «los líderes de diversos lugares», con el fin de que el señor Truman pudiera «beneficiarse con los puntos de vista constructivos» y con «las sugerencias» de dichos «líderes».

Con tales imperativos, el señor Taylor se dirigió al Vaticano llevando al propio tiempo una carta dirigida por el señor Truman al Soberano Pontífice, cuyo texto reproducimos a continuación.

II

INTERCAMBIO DE CARTAS ENTRE EL ROMANO PONTIFICE Y EL SEÑOR TRUMAN

CARTA DEL PRESIDENTE TRUMAN A SU SANTIDAD EL PAPA PIO XII

Escribía el señor Truman:

«Washington, 6 de agosto de 1947.

»Santidad:

»Como continuación de los cambios de impresiones celebrados de tiempo en tiempo, desde su comienzo el 23 de diciembre de 1939, con el propósito de asegurar actuaciones paralelas en beneficio de la paz y el alivio de los sufrimientos humanos, he rogado al señor Taylor que regrese a Roma y que reanude las audiencias con V. S. en las ocasiones que puedan considerarse apropiadas. Estos contactos han contribuido ya profundamente al establecimiento de una paz justa y duradera y al fortalecimiento de los ideales perseguidos por los pueblos del mundo en su busca de un orden moral firmemente establecido en la vida de las naciones.»

Habla el señor Truman, como fácilmente se desprende del texto, de «actuaciones paralelas» a favor de la paz, y de que las mismas han contribuido «al fortalecimiento de los ideales perseguidos por los pueblos del mundo»; y a continuación se ofrece a «apoyar» a las fuerzas que «luchan por un mundo moral». Conviene tener presente estas afirmaciones para entender mejor la significación del contenido total de la carta. Sigue diciendo el señor Truman:

«Yo deseo hacer todo lo que esté en mi mano para apoyar y contribuir a un concierto de todas las fuerzas que luchan por un mundo moral. Estas fuerzas están en los hogares de los ciudadanos pacíficos y respetuosos de la ley de todas las partes del mundo, y que están dando ejemplo con sus vidas de los principios del buen vecino. Están en las granjas, en las fábricas, en las minas y en los pequeños talleres de todas las partes del mundo donde los principios de libre cooperación y asociación voluntaria en el autogobierno son respetados.»

Sigue a continuación una afirmación tajante de que «todas las iglesias y las escuelas» tienen estas mismas «aspiraciones morales» y de que pueden «unir sus esfuerzos» para defender los más altos principios, al propio tiempo que «tienen el deber de vindicar» las esperanzas por las que se luchó «en la segunda guerra mundial». Pero veamos el texto:

«Estas aspiraciones morales están en los corazones de los hombres buenos de todo el mundo. Están en todas las iglesias y las escuelas. La guerra demostró que todas las personas, independientemente de sus divergentes confesiones religiosas, pueden unir sus esfuerzos para la preservación y la defensa de los principios de libertad, moralidad y justicia.

Deben unir sus esfuerzos ahora en la causa de asegurar la paz, si no quieren ser debilitados uno por uno y reducidos a la impotencia en momentos de gran necesidad. Individual y colectivamente, tienen el deber de vindicar, con sus ideas y sus hechos, las grandes esperanzas por que los hombres lucharon en la segunda guerra mundial y las esperanzas que todos los hombres y mujeres conscientes del mundo saben hoy que deben ser alcanzadas.»

Las «fuerzas morales del mundo» han de unirse y apoyar los ideales de «todo el género humano»:

«Las tareas frente a las que ahora nos hallamos son formidables. Los problemas planteados por la guerra y otros nuevos, todavía sin resolver, van acompañados por múltiples desánimos. A menos que las fuerzas morales del mundo unan ahora su poder, el desánimo profundizará inevitablemente, y la fortaleza y efectividad, que de esta forma perderían las fuerzas morales, sería ganada por aquellas otras fuerzas que se les oponen e intentan destruirlas. Las esperanzas y los ideales de la Humanidad han sido muchas veces frustrados hoy por cualquier división de las fuerzas morales del mundo o por cualquier negativa a apoyar y fortalecer las esperanzas e ideales de todo el género humano.»

El señor Truman ofrece su colaboración para «trabajar de nuevo con S. S.» y con los «organismos de bien»:

«Como jefe electo del pueblo de los Estados Unidos, tengo el privilegio de expresar nuevamente toda mi fe y de trabajar de nuevo con V. S. y con todos los organismos de bien de todo el mundo para asegurar una paz verdadera. Una paz verdadera sólo puede ser construida sobre los principios cristianos. A esta realización dedicamos todos nuestros esfuerzos, tanto espirituales como materiales, recordando siempre que, a menos que el Señor construya la casa, trabajan en vano los que lo intentan.»

Hace más de medio siglo, escribe el Presidente Truman...

«Esta, Santidad, es una nación cristiana. Hace más de medio siglo que esta declaración fué inscrita en los decretos del más alto tribunal de esta tierra. No está desprovisto de significado el hecho de que los valientes pioneros que abandonaron Europa para establecer colonias aquí, al comenzar su empresa declarasen su fe en la religión cristiana y se preocuparan de dar amplias facilidades a su práctica y su apoyo. La historia de los misioneros cristianos que en los primeros días desafiaban los peligros, las comodidades e incluso la muerte por llevar el mensaje de Jesucristo a los ignorantes salvajes, es una historia que todavía conmueve el corazón de los hombres.»

Afirma a renglón seguido, el señor Truman, que «la libertad de conciencia» en los Estados Unidos, ha sido «baluarte de fortaleza» y «fuente de felicidad»:

«Como una nación cristiana, nuestro primer deseo es trabajar con los hombres de buena voluntad de todo el mundo para desterrar las guerras y las causas de las guerras de este mundo, cuyo Creador deseó que los hombres de todas clases viviesen juntos en paz, con buena voluntad y confianza mutua. La libertad de conciencia ordenada por los padres de nuestra constitución a todos los que viven bajo la bandera de los Estados Unidos ha sido un baluarte de fortaleza nacional y una fuente de felicidad desde el establecimiento de esta nación hasta nuestros días.»

El Presidente Truman intenta «reanimar una nueva fe»:

«Yo creo que la mayor necesidad del mundo actual, la primera entre todas las otras, es una renovación de la fe. Yo intento reanimar una nueva fe en la dignidad y el valor de la persona humana en todos los países, a fin de que los sagrados derechos del individuo, inherentes a su relación con Dios y con sus prójimos, sean respetados en todo el mundo. Hemos de tener fe en el triunfo inevitable de la verdad y la decencia; fe en que la Humanidad podrá vivir en libertad, no en las cadenas de la falsedad ni en las cadenas de una organización colectivista de sus vidas; una fe tan grande que anime a los hombres y a las mujeres de todo el mundo a construir con tenacidad un mejor orden social del mundo bajo el autogobierno.»

Fe para luchar «por la razón»:

«Los tiempos exigen una fe que sea lo bastante fuerte para luchar, si fuese necesario, por la razón; que sea capaz de soportar las molestias y las durezas, el ataque e incluso el desprecio de las fuerzas del mal y capaz de surgir renacida y revitalizada de la lucha cotidiana. La fe conduce a la esperanza, a la determinación, a la confianza en la verdad y en el bien y a un esfuerzo sostenido para crear la clase de paz y bienestar deseados por los hombres y mujeres humildes de todas las naciones. A través de la fe, los designios de Dios serán realizados en los corazones y en los hechos de los hombres. Creo, con una convicción surgida del corazón, que aquellos que no reconocen sus responsabilidades para con Dios Todopoderoso, no pueden cumplir todos sus deberes para con sus prójimos los demás hombres.»

Deseo del señor Truman de «cooperar» con el Papa y con «todos los Jefes de las fuerzas morales del mundo», para alcanzar el «objetivo común»:

«Le he rogado al señor Taylor que os transmita estas impresiones y os diga que deseo cooperar con los esfuerzos de Vuestra Santidad y los de todos los Jefes de las fuerzas morales del mundo. Nuestro objetivo común es despertar y vigorizar la fe de los hombres para realizar los valores eternos en nuestra propia generación, sean cualesquiera los obstáculos que existan o que puedan surgir en el camino.»

Harry Truman.»

CARTA DE S. S. EL PAPA PIO XII AL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS

A la anterior comunicación del Presidente Truman, contestó inmediatamente el Romano Pontífice con la siguiente carta:

Satisfacción y agradecimiento del Papa

Todos los pueblos están ansiosos de paz

La paz no puede descansar sobre bases movedizas o agrietadas

«Excelencia:
»Acabamos de recibir, de manos de su representante personal, señor Miron Taylor, la carta de V. E. de fecha 6 de agosto, y nos apresuramos a expresarle nuestra satisfacción y agradecimiento por este último testimonio del deseo y la determinación de un pueblo libre de dedicarse con su característica confianza y generosidad a la noble tarea de fortalecer los cimientos de esa paz por la que todos los pueblos de la tierra están ansiosos. Como su jefe electo, V. E. desea alistar y cimentar la cooperación de cualquier fuerza y cualquier potencia que pueda ayudar a cumplir esta tarea. Nadie más que Nos deseará su éxito y la feliz consecución del objetivo propuesto. Ofrecemos nuestros recursos y ardientemente pedimos la ayuda de Dios.

»El objetivo es asegurar los fundamentos de una paz duradera entre las naciones. Sería ciertamente inútil prometer larga vida a cualquier edificio erigido sobre arenas movedizas o sobre una base agrietada e insegura. Nos sabemos que los fundamentos de esta paz (la ver-

dad encuentra de nuevo expresión en la carta de V. E.) sólo pueden estar seguros si descansan sobre una incommovible fe en el único y verdadero Dios, el Creador de todos los hombres. Fué Él quien asignó al hombre necesariamente su fin en la vida; es de Él, ineludiblemente, por lo tanto, de quien el hombre deriva los derechos personales e ineludibles para conseguir este fin y para que no se le obstaculice en su cumplimiento. La sociedad civil es también de origen divino e (indicada) por la misma naturaleza, pero es subsiguiente al hombre y debe ser instrumento para defenderlo y ayudarle en el legítimo ejercicio de los derechos que le fueron concedidos por Dios. Una vez que el Estado, con la exclusión de Dios, intenta convertirse en la fuente de los derechos de la persona humana, el hombre queda reducido a la condición de un esclavo, de un simple producto cívico explotable para los objetivos egoístas del grupo que esté en el poder. El orden establecido por Dios es trastornado y la historia demuestra con certeza a aquellos que quieran entenderla que el resul-

La sociedad civil es subsiguiente al hombre

La guerra es el resultado de trastornar el orden establecido por Dios

tado inevitable es la subversión del orden entre los pueblos, es la guerra. Así, pues, la tarea ante la que se encuentran los amigos de la paz es clara.

»¿No es quizá V. E. demasiado optimista al esperar hallar hombres en todo el mundo dispuestos a cooperar en una empresa tan digna? Nos creemos que no. La verdad no ha perdido nada de su poder para aliar a su causa a las mentes más esclarecidas y a los espíritus más nobles. El ardor de éstos está alimentado por la llama de la verdadera libertad, que lucha por abrirse paso a través de la injusticia y de la mentira. Pero aquellos que poseen la verdad deben poner su esfuerzo en definirla claramente cuando sus enemigos la desfiguran hábilmente, en ser valerosos para defenderla y lo suficientemente generosos para orientar su vida, tanto nacional como personal, según sus dictados. Esto requerirá, además, la corrección de no pocas aberraciones. Las injusticias sociales, las injusticias raciales y la animosidad religiosa existen hoy entre los hombres y grupos que alardean de civilización cristiana, y son un arma muy útil y a menudo eficaz en las manos de aquellos que se sienten inclinados a destruir todo el bien que la civilización ha comportado a los hombres. Es una obligación de todos los que sinceramente amen a la gran familia humana el unirse para arrancar estas armas de las manos enemigas. Con esta unión nacerá la esperanza de que no prevalecerán los enemigos de Dios y de los hombres libres.

»Ciertamente, V. E. y todos los defensores de los derechos de la persona humana encontrarán una cooperación de todo corazón por parte de la Iglesia de Dios. Fiel custodia de la verdad eterna y madre amorosa de todos, desde su fundación, hace casi dos mil años, ha sido la defensora del individuo contra el poder despótico, del trabajador contra la opresión, de la religión contra la persecución. Su misión, de origen divino, a menudo la pone en conflicto con las potencias del mal, cuya fuerza reside únicamente en su violencia física y en su espíritu brutalizado, y los pastores de la Iglesia son con frecuencia enviados al exilio o reducidos a la prisión o mueren entre torturas. Esta es la historia de hoy. Pero la Iglesia no teme. No puede descender a tratar con un enemigo declarado de Dios.

Debe continuar enseñando el primer y más grande mandamiento que afecta a todos los hombres: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas», y el segundo, semejante al primero: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Su invariable mensaje es que el primer deber del hombre es para con Dios; después, para con su prójimo; que el hombre que sirve a Dios más fielmente es el que mejor sirve a su país; que el país que rechace la palabra de Dios, dada a los hombres a través de Jesucristo, no contribuye en absoluto a la paz duradera del mundo. Esforzándose con todos los recursos a su alcance para atraer a todos los hombres y las naciones a una clara comprensión de su deber para con Dios, la Iglesia seguirá ofreciendo, como siempre lo ha hecho, la más eficaz contribución a la paz del mundo y a la eterna salvación del hombre.

»Nos complace que la carta de V. E. nos haya dado la oportunidad de decir una palabra de ánimo para todos aquellos que están seriamente interesados en fortalecer la frágil estructura de la paz, a fin de que sus cimientos puedan ser establecidos más firme y prudentemente. La munífica caridad demostrada por el pueblo americano para con los que sufren y están oprimidos en todas las partes del mundo, digna ciertamente de las mejores tradiciones cristianas, es una buena prenda de su sincero deseo de paz y prosperidad universales. Estamos seguros de que la gran mayoría de los pueblos del mundo comparte este deseo, incluso en los países donde la libre expresión es obstaculizada. Dios haga que sus fuerzas puedan unirse para esta realización. No hay sitio para el desánimo ni para la relajación en sus esfuerzos. Bajo la graciosa y misericordiosa providencia de Dios, Padre de todos, lo que es bueno y santo prevalecerá finalmente.

»Permítanos asegurar a V. E. nuestra cordial acogida a su representante personal en su regreso a Roma y que nos sentimos felices al renovar la expresión de nuestros buenos deseos para el pueblo de los Estados Unidos, para los miembros de su Gobierno y en particular para su digno primer magistrado.

»Desde Castelgandolfo, el 26 de agosto de 1947.

Pío, Papa XII.»

La verdad puede aliar a los espíritus más nobles

Existen injusticias y animosidades religiosas entre los que alardean de civilización cristiana

Hace casi dos mil años...

La misión de la Iglesia es de origen divino

La Iglesia no teme a las fuerzas del mal

El primer deber del hombre es para con Dios

La Iglesia contribuye eficazmente a la paz del mundo

La paz debe ser establecida sobre cimientos más firmes

Lo que es bueno y santo prevalecerá finalmente

Cordial acogida al representante personal del Presidente de los EE. UU.

III

LA IGLESIA Y EL MOVIMIENTO LIBERAL

A raíz de la publicación de las anteriores cartas, algunos escritores trataron de desvirtuar el sentido de la contestación del Soberano Pontífice al señor Truman, pretendiendo nada menos —como hemos indicado ya anteriormente— que la Iglesia se ponía decididamente al lado del liberalismo, cuya representación, según aquéllos, parecía reivindicar el señor Truman para luchar contra el comunismo y establecer una era de paz basada en los principios del más puro y trasnochado doctrinarismo liberal. Aunque tales comentarios e interpretaciones caen por su propia base, parece oportuno reproducir algunos fragmentos de un artículo firmado por P. Bianchi en L'Osservatore Romano del día 12 del pasado mes de septiembre, bajo el título «Chiesa e movimiento liberal», que recoge precisamente tan falsa aseveración para desvirtuarla a renglón seguido. He ahí la traducción de los mencionados fragmentos:

«Los comentarios más notables al cambio de los mensajes entre S. S. Pio XII y el Presidente Truman ponen de relieve el significado del hecho de que el Jefe de un Estado considerado como el clásico país de la política liberal haya podido útilmente invocar la acción del Santo Padre para «hacer desaparecer la guerra y las causas de la guerra en el mundo» mediante el despertar de la fe «por el triunfo de la libertad y de la moralidad».

»Los Estados Unidos, hoy más que Inglaterra, aparecen como el país que desde sus orígenes ha podido experimentar la aplicación de las cuatro libertades sin la carga de un pasado sobre el cual gravita la dura herencia de guerras y tiranías religiosas.

»No ha sido difícil, por esto, a más de un publicista entrever en el intercambio de mensajes una coincidencia de la Iglesia con el liberalismo, y el liberalismo tomado no ya como movimiento y realización política («política», se entiende, en el sentido más elevado de la palabra), sino como filosofía de la vida y de la historia.»

El equívoco en que han caído dichos publicistas puede fácilmente desvirtuarse con sólo considerar atentamente el sentido de las cartas del Vicario de Jesucristo y del señor Truman. Este último se dirige al Papa como uno de tantos Jefes de las diversas «confesiones religiosas». El Romano Pontífice responde, en cambio, como Cabeza visible de «la Iglesia de Dios», de la única y verdadera Iglesia, con lo cual opone el más tajante mentis a todo el sistema liberal. Lo que no quiere indicar en modo alguno que la Iglesia de Cristo no pueda colaborar con los hombres de buena voluntad en el terreno del derecho natural, en algunas cuestiones específicas tal como ocurre concretamente con el estudio de los medios indispensables para evitar al mundo la calamidad de nuevas guerras.

IV

EL SEÑOR TAYLOR SE HA ENTREVISTADO TAMBIEN CON REPRESENTANTES DE LAS «IGLESIAS» ANGLICANA Y LUTERANA

De conformidad con la declaración del señor Truman sobre el objetivo del viaje a Europa de su representante personal cerca del Vaticano, en la cual, como hemos visto ya, señalaba su deseo de que las conversaciones con el Papa se extendieran a «otros líderes», para beneficiarse con sus «puntos de vista constructivos» y con «sugerencias», el señor Taylor se entrevistó con el «arzobispo» de Canterbury, con el «obispo» luterano de Berlín, y con otras personas cuya identidad nos es desconocida. La nota dada a la publicidad por la Oficina de Prensa de la Presidencia de los Estados Unidos a este respecto es harto significativa. Reproduciremos textualmente la información aparecida en la prensa nacional el día 4 del pasado mes de octubre relativa al regreso del señor Taylor de su misión y al comunicado de referencia dado con dicho motivo:

TAYLOR INFORMA A TRUMAN DE SU MISION CERCA DEL PAPA

Washington, 3. — La Casa Blanca anuncia, después de una entrevista entre el presidente Truman y Myron Taylor, que éste continuará sus conversaciones con los dirigentes políticos del Mundo, en el esfuerzo norteamericano por lograr una paz permanente. Taylor informó al presidente de su última misión en Roma como representante personal de Truman ante Su Santidad el Papa.

La Oficina de Prensa de la Presidencia ha facilitado el comunicado siguiente:

«El presidente ha tenido una entrevista con Myron Tay-

lor, su representante personal ante Su Santidad el Papa. Taylor hizo un informe preliminar sobre su reciente misión. Informó al presidente de que mientras estaba en Europa, además de entrevistarse con el Sumo Pontífice, confirió con el arzobispo de Canterbury y con el doctor Otto Dibelius, obispo luterano de Berlín, así como con otras dignidades eclesiásticas, sobre el problema de la cooperación en el establecimiento de la paz permanente en el Mundo. Taylor continuará sus entrevistas de cuando en cuando, con la esperanza de lograr apoyo de todos los dirigentes religiosos del Mundo en el esfuerzo por la paz permanente.»

El anterior comunicado, al consignar dichas entrevistas y poner de relieve que las mismas irán seguidas de otros contactos para lograr el «apoyo de todos los dirigentes religiosos del Mundo» en los esfuerzos iniciados por el señor Truman para establecer una «paz permanente», pone de relieve dos puntos interesantes: 1) el mensaje del Presidente de los EE. UU. al Papa no tiene el significado específico que al parecer se le dió en los primeros momentos, y 2) el señor Taylor se ha convertido, oficiosamente al menos, en representante personal del señor Truman cerca de «todos los dirigentes religiosos».

Además, y ello se nos antoja altamente revelador, el Presidente norteamericano se reserva la definición y el establecimiento de las características de una futura paz, tal como se trasluce efectivamente en su carta al Santo Padre. «Los dirigentes religiosos» son llamados tan sólo a prestar su concurso y apoyo a los planes del señor Truman.

José-Oriol Cuffl Canadell

MASONERIA Y LIBERALISMO

El documento que reproducimos en estas páginas —«Manifiesto de la Masonería a la nación mejicana»— no causará, creemos, a nuestros lectores, otro asombro que el derivado de la comprobación de la osadía de los sectarios en algunos países, y dadas ciertas circunstancias, en proclamar abiertamente determinados objetivos y precisar sin atenuantes amenazas sangrientas contra los que se muestran rehacios a cumplir sus consignas.

La masonería declara concretamente, en dicho «Manifiesto», que es la principal defensora de la democracia liberal y adalid máximo de la libertad de conciencia y de todas las «libertades» de perdición nacidas al calor de los principios subversivos que la revolución de 1789, preparada y llevada a cabo directamente por la secta, logró introducir subrepticamente en los pueblos merced al genio guerrero victorioso de un Napoleón.

Aseguran los masones mejicanos que sienten «profundo respeto por todos los credos religiosos», lo que equivale decir que se niegan a aceptar el único verdadero, y apoyándose en su pretendida tolerancia —aceptada también, al parecer, en mayor o menor grado, en otras latitudes— siembran concienzuda y deliberadamente el germen de una persecución denodada y exterminadora. ¡Ya conocen los valientes católicos mejicanos, como lo conocemos nosotros, las consecuencias de esas pretendidas invocaciones a la libertad por parte de quienes abusan de tan sagrado nombre para perseguir a la Iglesia de Dios! No en balde, su S. León XIII escribía que los masones «abriendo los brazos a cualesquiera y de cualquier religión, consiguen persuadir de hecho el grande error de estos tiempos, a saber: el indiferentismo religioso y la igualdad de todos los cultos; conducta muy a propósito para arruinar toda religión, singularmente la católica, que, como única verdadera no sin suma injuria puede igualarse a las demás». (Enc. **Humanum genus.**)

Esta pretendida —y perniciosa por otra parte— igualdad de cultos, ha sido siempre la consigna declarada de la masonería para ocultar sus reales e inequívocas intenciones. Ya en el «Libro de las Constituciones» de la masonería inglesa, publicado en el año 1723, puede leerse la siguiente instrucción: «Deben evitarse en absoluto las discusiones sobre religión y política, sobre nacionalidad, puesto que los masones no profesan otra religión que la universal». ¿De qué religión se trata? Explica el manual masónico: «Esta religión consiste en ser hombres buenos y leales, es decir, hombres de honor y de probidad, cualquiera que sea la diferencia... de sus convicciones. De este modo, la masonería se convertirá en un centro de unidad y es el medio de restablecer relaciones amistosas entre gentes que, fuera de ella, hubieran permanecido separadas entre sí».

En muchas ocasiones, la masonería, bajo la apariencia de una «bondad» natural, ha tratado de disfrazarse pretextando que sus fines son, sobre todo, benéficos. Así, en un mensaje de la Gran Logia de Inglaterra a su Rey, dirigido en 8 de enero de 1793, después de hacer constar que la masonería es una sociedad secreta «compuesta de hombres unidos por lazos invisibles, que observa ante todo el silencio y la discreción, y cuyas reuniones se cubren con un velo impenetrable», afirma: «Señor, nosotros somos ciudadanos libres, en un Estado libre, y la cifra de nuestros asociados se eleva a muchos millares. El heredero presuntivo de la corona es nuestro jefe supremo, y nos hemos reunido como hermanos para adquirir nuevas relaciones sociales, para prestarnos mutuamente apoyo, auxilio y para practicar la beneficencia para con todos». Esta explicación la aceptó como auténtica —¡no faltaba más!— el Parlamento británico, al excluir explícitamente en el Acta dictada en 12 de julio de 1799 contra las sociedades sediciosas, a las «Logias de francmasones», por dedicarse de un modo principal —dice el texto— a «la práctica de la beneficencia».

Como podemos ver, la masonería emplea siempre la misma táctica de ocultación. También hoy, hay que arrancar «a los masones su máscara», y no obstante la protesta de las Logias mejicanas de trabajar en sus talleres «elevando templos a la virtud y cavando pozos sin fondo al vicio», podemos repetir las palabras de León XIII: «Que a ninguno engañe aquella honestidad fingida; puede, en efecto, parecer a algunos que nada piden los masones abiertamente

contrario a la religión y buenas costumbres; pero como toda la razón de ser y causa de la secta estriba en el vicio y en la maldad, claro es que no es lícito unirse a ellos ni ayudarles de modo alguno». (Enc. **Humanum genus.**)

Al final de su «Manifiesto», la masonería mejicana amenaza con «un Cerro de las Campanas» —lugar donde fué fusilado el Emperador de Méjico, Maximiliano— a «todos los traidores a la Patria», es decir, a quienes no se sometan a su dictadura, y más concretamente a la Jerarquía y fieles católicos que usen de sus imprescriptibles derechos y deberes de dar culto al verdadero Dios.

Las amenazas de la masonería no constituyen novedad alguna. Los masones han declarado repetidamente que su fin específico es el de «vejar cuanto puedan a los católicos con enemistad implacable, sin descansar hasta ver deshechas todas las instituciones religiosas establecidas por los Papas», y a tal efecto combaten «impunemente de palabra, por escrito y en la enseñanza los mismos fundamentos de la religión católica», «pisotean los derechos de la Iglesia» y no respetan «las prerrogativas con que Dios la dotó», reduciendo «casi a nada su libertad de acción, y esto con leyes en apariencia no muy violentas, pero en realidad hechas expresamente y acomodadas para atarle las manos» (Enc. cit.). Usando de tales procedimientos, luchó también la masonería mejicana, como declaró S. S. Pío XI, ensañándose «contra el clero, contra la Jerarquía católica, con el designio precisamente de que poco a poco desaparezca del seno de la República» (Enc. **Acerba animi.**)

Precisamente porque pretenden quizá iniciar una nueva época de persecución antirreligiosa, proclaman sin disimulo, los masones mejicanos, lo que de puro sabido parece estar hartamente olvidado, es decir, que «la Masonería es la principal defensora en el mundo de la libertad de conciencia», libertad que en la interpretación masónica es «en tan gran manera contraria a la virtud de la religión», sin contar, como explica León XIII, que a pretexto de la misma y de un pretendido espíritu de tolerancia, sean los sectarios «con frecuencia estrictos y duros contra todo lo que es católico», ya que los que dan con profusión libertad a todos, «rehusan a cada paso dejar en libertad a la Iglesia». (Enc. **Libertas.**)

Concretaba así León XIII en la **Humanum Genus** la maldad intrínseca de las doctrinas profesadas por la secta de los masones: «Sus principales dogmas discrepan tanto y tan claramente la razón, que nada puede ser más perverso. **Querer acabar con la religión y la Iglesia, fundada y conservada perennemente por el mismo Dios, y resucitar después de diez y ocho siglos las costumbres y doctrinas gentílicas, es necedad insigne y audacísima impiedad.** Ni es menos horrible o más llevadero el **rechazar los beneficios que con tanta bondad alcanzó Jesucristo**, no sólo a cada hombre en particular, sino también en cuanto viven unidos en la familia o en la sociedad civil, beneficios señaladísimos aún según el juicio y testimonio de **los mismos enemigos. En tan feroz e insensato propósito** —subraya el Papa— **parece reconocerse el mismo implacable odio y sed de venganza en que arde Satanás contra Jesucristo.** Así como el vehemente empeño de los masones de destruir los principales fundamentos de lo justo y lo honesto, y hacerse auxiliares de los que, a imitación del animal, quisieran fuera lícito cuanto agrada —añade el Pontífice—, no es otra cosa que **impeler al género humano ignominiosa y vergonzosamente a la extrema ruina.**»

De lo expuesto podemos fácilmente darnos cuenta del gravísimo peligro que para la sociedad cristiana constituye la existencia y actividades de la masonería. Si alguien en razón a la grave amenaza que representa el comunismo atenuara la realidad de aquel peligro, el manifiesto de las Logias mejicanas le sacará indudablemente de su error, ya que el mismo es la exteriorización furibunda del odio perenne contra Cristo y su Iglesia, que sagazmente sabe disimularse en los momentos culminantes para llevar con mayor éxito y eficacia su lucha contra la Religión y contra la sociedad. Odio que no es una vana ilusión; lo afirma con palabras precisas S. S. Pío XI, cuando al tratar de las causas de la persecución contra la Iglesia, explica que se debe «más que a incompreensión de la fe católica y de sus benéficas instituciones, al odio que **contra el Señor y contra su**

Cristo fomentan sectas subversivas de todo orden religioso y social como, por desgracia, vemos que sucede en Méjico». (Enc. *Dilectissima nobis*.)

La masonería, por su espíritu naturalista, es la defensora más acérrima del liberalismo, y por ende, enemiga declarada de la Iglesia, contra la cual vuelve «toda la saña» y sus más feroces esfuerzos. Ella ha sido, también, a través de las doctrinas liberales, la campeona esforzada que ha abierto el camino al socialismo y al comunismo, y a todos los restantes sistemas de perdición, con lo cual ha

merecido justamente el calificativo de «guía» de todos los que combaten bajo el imperio de Satanás, según la expresión del Papa León XIII.

¿Se comprende así la razón del propio Pontífice al pedir insistentemente que se procurase «extirpar esta asquerosa peste que va serpeando por todas las venas de la sociedad»? (Enc. *Humanum genus*.) ¿Y su apelación al pueblo cristiano —en la Encíclica *Praeclara gratulationis*— para que entienda que «es necesario terminar con esta secta, sacudiéndose su yugo deshonoroso»? - J. O. C.

Página Seis

El Popular

Jueves 10 de Julio de 1947.

MANIFIESTO

DE LA MASONERIA A LA NACION MEXICANA

La Masonería es la principal defensora, en el mundo de la libertad de conciencia y de todas las libertades y tiene profundo respeto por todos los credos religiosos, estimando que todas las religiones son sanas fuentes de moral y tratan de inspirar el amor al bien y a la virtud.

Nuestros únicos enemigos son los tiranos y los que combaten en contra de los principios de LIBERTAD, IGUALDAD y FRATERNIDAD, sin los cuales no puede existir una verdadera democracia.

En México son muchos los ejemplos que pueden citarse de la intervención de nuestra Orden y de nuestros hermanos en defensa de estos principios, y citaremos algunos:

El Masón Miguel Hidalgo y Costilla, Cura de Dolores en 1810, inició el movimiento de Independencia, sublevándose en contra de los tiranos y del Alto Clero, aliado de ellos y dueño del noventa por ciento de la riqueza del país;

Hidalgo, a pesar de ser profundamente católico y de no haber atentado nunca contra su Iglesia, fué excomulgado por el Obispo Abad y Queipo, perseguido por el Alto Clero, encarcelado, juzgado por la Inquisición y fusilado; fué después degollado y su cabeza, junto con las de los héroes Allende, Aldama y Jiménez, fué colocada en una jaula y expuesta en la Alhóndiga de Granaditas. Hoy es venerado por todos los mexicanos y se le llama el Padre de la Patria.

El campeón de la Libertad, visionario precursor de la lucha social, genio guerrero, el cura José María Morelos y Pavón, fué fusilado por la espalda, por el mismo Alto Clero Político que jamás perdonó a los defensores del pueblo. La

Historia lo presenta como símbolo de la legalidad y del progreso.

Los Masones Benito Juárez, Valentín Gómez Farias, Ignacio Altamirano, Melchor Ocampo, Ignacio Ramírez, Miguel Lerdo de Tejada y todos los demás hombres de 1857, a quienes hoy venera la Patria como Héroes de la Reforma; lucharon nuevamente contra el Alto Clero Político, lo vencieron al fin y establecieron en México el sistema democrático bajo el cual vivimos hasta la fecha; desde esa época todos y cada uno de los habitantes de este país pueden profesar libremente su credo religioso, sin temor a morir quemados en las hogueras de la Inquisición, a ser encarcelados de por vida y cargados de cadenas; todos pueden leer los libros que gusten y opinar y viajar sin estar sujetos a la terrible censura; en pocas palabras: la libertad, es un derecho respetado en México.

A ello se debe que desde hace ochenta años, los Masones, ignorados de la vida profana, trabajamos dentro de nuestros Talleres elevando Templos a la Virtud y cavando pozos sin fondo al vicio; vigilando, en silencio y desde lejos, las inmovibles instituciones democráticas creadas por nuestros antecesores.

Pero, con verdadera alarma, la Masonería ha observado que, desde hace pocos años, el clericalismo político ha vuelto a dar signos de vida: poderoso, con mucho dinero, bien organizado, obedeciendo consignas del extranjero y con sus hombres mezclados en el mismo Gobierno, lucha por llegar nuevamente al poder y acabar con nuestras libertades y con nuestras instituciones democráticas, para establecer otra vez, su odiosa tiranía, aliado, como siempre lo ha estado, a los explotadores del pueblo.

En Durango se reunieron los más Altos Dignatarios de la Iglesia, en un Congreso Eucarístico (acto digno del respeto de todos los ciudadanos); pero aprovechando la cantidad de creyentes que concurrió a ese acto, ese mismo Alto Clero los incitó directa y públicamente a violar la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos y, así fué como en forma tumultuosa efectuaron una procesión pública, contando con la complicidad de las Autoridades Locales, en cuya unión, brindaron, insultando y desconociendo a nuestra Ley Fundamental.

La Masonería es la primera en lamentar que los Altos Dignatarios del Clero Católico alteren el Orden Público, resuciten controversias que se creían definitivamente terminadas e inciten al Pueblo a cometer actos sediciosos, en vez de cooperar con el Gobierno de la República a la solución de los difíciles problemas del momento; pero ante su actitud sediciosa, en forma serena, clara y enérgica, declara a la Nación que desde estos momentos y hasta que desaparezca el peligro, se coloca en pie de lucha, con todos sus elementos, en defensa de nuestras instituciones democráticas y al lado del señor Presidente de la República y de todos los Funcionarios que juraron cumplir y hacer cumplir la Constitución que acaba de ser violada.

Esperamos que no se repitan los sucesos de la época de la Reforma; pero anunciamos y prometemos que de realizarse ese propósito del Clero Político de ensangrentar nuevamente a nuestro país, tendremos un Juárez para cada Comonfort, un Zaragoza para cada Miramón y un Cerro de las Campanas para todos los traidores a la Patria.

México, D. F., a 10. de julio de 1947

Confederación de Grandes Logias de los Estados Unidos Mexicanos

LA DESNATURALIZACIÓN DE ESPAÑA POR LA DEFORMACIÓN HISTÓRICA

I

LA HISTORIA (*)

Quedaba así la historia erudita, la monográfica. Trabajos de erudición admirable, pero que quedaban reservados a los especialistas, a los investigadores, y que no tenían en cuenta los historiadores generales porque no era el detalle, sino las grandes síntesis las que ellos necesitaban, y que además procuraban mantener en el silencio para no descubrir sus voluntarios errores y sus buscadas deformaciones. Se acudió al procedimiento de reeditar al Padre Mariana. No me he preocupado nunca de comprobar si era cierta la acusación lanzada de que el P. Mariana había sido víctima de adulteraciones en sus nuevas ediciones ochocentistas. Pero siempre he creído que, para mayor seguridad, valía la pena de no utilizar las reimpressiones modernas. Mas si he de hacer constar que el sabio jesuita se hubiera sentido en pésima compañía si hubiera convivido en la celda con sus continuadores. Rosell es quizá el más aceptable de todos, aunque de escaso criterio y menor criticismo: buen moderado, aportó su contribución a la deformada historia liberal. Cánovas del Castillo, cuando continuó al P. Mariana, no era el prócer liberal-conservador de la Restauración, sino el político de la Unión Liberal, todavía no seca la pluma con que redactó el manifiesto de Manzanares. Y en su compañía anduvo Maldonado Macanaz, cuyo nombre basta citar. Otros continuadores de Mariana fueron el demócrata Eduardo Chao, más tarde ministro en la primera República española, con lo que ya está dicho todo, y Eduardo del Palacio, ferviente demócrata y entusiasta revolucionario a la caída de Isabel II. Es decir, lamentable compañía para el virtuoso jesuita, cuyo nombre servía de cebo para después deslizar impunemente todo cuanto se antojara en contra de la religión y de los reyes, de las instituciones y del patriotismo español.

Y luego siguieron otras historias que, con el prurito de imparcialidad, fueron vehículos de doctrinarismo liberal con injustificadas críticas de la España católica y real. Y no es raro que hallemos la coincidencia de estos autores con los trabajos de las logias. Casi todos ellos fueron masones declarados. De tal forma conocemos a Modesto Lafuente, el más difundido de todos, en la apariencia el más imparcial y, por lo tanto, el más peligroso, por estar su veneno menos aparente. Ha gozado de la mayor fama y ha figurado y figura en todas las bibliotecas, y todavía a él se recurre muchas veces, sin que examen crítico alguno preceda a su consulta. Conserva ante el gran pueblo su autoridad, y mientras que estas autoridades se conserven, la historia de España seguirá deformada. Difícil es romper con una doctrina oficial en la Universidad que se ha ido transmitiendo de generación en generación, pero más difícil es todavía poner en el lomo de una obra la calavera y las tibias como en el laboratorio químico para señalar que allí se guarda veneno. Ningún otro historiador ofrece tanto peligro como «Fray Gerundio», solapado e hipócrita, que engaña a todos, y nadie se atreve a mencionarlo como peligroso, quizá porque unos creen que el mayor mal ya lo ha hecho, pero lo cierto es que continúa haciéndolo.

Otros historiadores generales de España han sido el muy liberal E. Zamora y Caballero y el no menos liberal y masón Juan Ortega y Rubio. Aunque gozan de menor popularidad, su liberalismo es más exagerado; y no hablemos ya de Miguel Morayta, que al fin y al cabo nos dió una historia de España según la ortodoxia masonica,

determinista y anticatólica cual ninguna, pero de menor efecto porque se denuncia con el nombre de su autor, el Morayta del Gran Oriente de la Masonería.

Y aunque no historiador general, ya que sus tres historias alcanzan desde 1823 a 1892, es decir, casi todo el siglo XIX, no podemos olvidar al también masón Antonio Pirala, continuador, a su vez, de Modesto Lafuente, con el liberal Borrego y el escéptico Valera.

Y tengamos en cuenta que la única oposición se encontró en Víctor Gebhardt, católico, que tuvo que escribir bajo el sello de una época en que la vida oficial del período isabelino interfería la verdad histórica para evitar la crítica de aquel reinado, y menos detallada en los siglos anteriores que el Lafuente, menos lujosa, fué silenciada por los masones y masonizantes, y no ha podido gozar del éxito para contrarrestar suficientemente a Lafuente.

No hablemos de otros historiadores más modernos. Son aquellos en cuyas obras el fotograbado sustituye a la letra y en las que una exuberante aportación bibliográfica sólo sirve para demostrar una gran cultura en ficheros, escondiendo tras ello el que se sigue a pies juntillas la interpretación y deformación liberal de nuestra historia.

Todo esto explica que entre la gente que «ha leído», todas las deformaciones históricas del reinado de Felipe II, el «hechizamiento» de Carlos II, la «amplitud de ideas» de Carlos III, la «felonía» de Fernando VII, sean moneda corriente. Por mucho que se esforzó el P. Montaña, persiste el Felipe II de Forneron; por mucho que se haya escrito sobre Carlos III, prevalece Ferrer del Río. De la guerra de la Independencia seguimos con la interpretación liberal del Conde de Toreno, o sea, la del abate Melon.

Y así se ridiculizaba la Monarquía con los «hechizamientos» de Carlos II, al que se presentó como un pingajo humano, sin después acudir a explicar todo lo que encerraba de maniobra política aquel «hechizamiento», que no tenía otro fin, para sus inventores del partido francés, que sugestionar al último Austria para que éste dudara de la rectitud de su juicio al eliminar la casa de Borbón en la sucesión de España. Y se nos expuso la decadencia del último Austria a través de las memorias de Torcy y de los viajes de Madame d'Aulnoy. Y luego se nos habló de las Cortes de Cádiz silenciando la valía intelectual de los diputados realistas, tales como Borruell e Inguanzo; y se habló de la «felonía» de Fernando VII porque nunca creyó, y con razón, que fuera un bien para España la Constitución de 1812. Y se ha persistido en la «monserga» del «verdugo de Málaga» y se ha insistido en la «inocente» Mariana Pineda en libros que todavía se adquieren en las librerías, con firmas tan acreditadas como la del señor Ballesteros.

Como se ve, la labor de la historia liberal fué tan efectiva que todos los escritores de historia de nuestros días quedaron influidos por la doctrina oficial de la Universidad de sus tiempos escolares. Se acataron aquellos juicios que deformaban los hechos y desnaturalizaban la historia, sin que se produjera reacción alguna que pudiera compararse a la que contra la Sorbona tuvo Pierre Lasserre hace unos cuarenta años. Y si éste era el efecto que producía en la juventud, que, por ser estudiosa y por ser juventud, debía sentir lógicamente un conato de rebeldía contra la doctrina oficialmente impuesta, ¿cuál no debía

(*) Vid. la iniciación de este artículo en nuestro número anterior.

ser en las personas no aplicadas a las disciplinas históricas, pero que por afición o por gusto de adornarse con mayores conocimientos, si no adquirían en las aulas universitarias la ponzoña de la deformación histórica, la guardaban en sus librerías en las colecciones de Lafuente, Chao, Palacios, Ortega, Zamora y otros por el estilo? A esos lectores no alcanzaba la rectificación histórica, ni siquiera el trabajo erudito y detallista. Bastante hacían, y de no haber caído entre los historiadores españoles del siglo XIX, hubieran hecho bien, en hojear de vez en cuando las historias que se consideraban ser las más completas que se podían adquirir en el mercado.

Siguió a este último período la «mercantilización» de la historia. Historia anodina, sin crítica alguna, con el solo afán de vender libros y de imponer textos. Cuando el difícil arte de la biografía encontró cultivadores conscientes y documentados como Belloc, o bien literatos como Zweig o Ludwig, despertándose el interés del gran público, aparecieron biografías noveladas en mayor cantidad. Pero a medida que la abundancia de biografías crecía, su valor literario e histórico iba disminuyendo, hasta llegar a tal estado por la ineptitud e indocumentación de muchos de sus autores, que el mismo público los llegó a rechazar mucho antes de que los editores se dieran cuenta de que lo que servían tenía tanto de historia como de novela de aventuras o policíacas.

Pero claro está que esta mercantilización de la historia, como la exuberancia de las biografías ineptas, había recibido el sello de la historia deformada del siglo XIX, porque ni unos ni otros tenían la suficiente preparación para pensar por sí mismos, y eran meros copistas de lo que encontraban ya instituido por los historiadores acreditados del siglo pasado.

A lo que antecede debemos acompañar cómo se hizo la divulgación en el gran público y en las masas populares. No era suficiente que en las bibliotecas públicas y particulares estuvieran recogidas todas las insidias y falsificaciones de la historia vista por los liberales, sino que esta labor destructora del amor a la patria y del respeto a la religión debía alcanzar a las clases menos cultivadas para que el mal se extendiera apartando a los humildes, a los indoctos, del camino que sus tradiciones familiares pudieran trazarles.

Las leyendas históricas se fueron transformando, llevando todo el veneno que la imaginación había colocado;

y en el teatro, en la novela, en la poesía y en las artes, aprovechándose de la boga «histórica» del romanticismo, se halló el vehículo para que por el aliciente de la lectura sensiblera, por el oído y por la vista, se hallara la difusión de la mentira consignada por la historia liberal, puesto que cuando la curiosidad estuviera despierta, pudieran buscarse en Lafuente, en Chao, en Ortega, en Zamora, en Palacio o en cualquiera de los otros la corroboración que creían científica por la pretendida investigación de los historiadores del siglo XIX.

Y así fueron debilitándose todos los resortes que mantenían vivo el espíritu patriótico del pueblo español en todas sus clases sociales, desde las cultivadas en las Universidades a las que no habían siquiera saludado una escuela. El liberalismo había conseguido sus fines y hasta los hechos más recientes, los que vivían más en el corazón del pueblo, recibieron el sello fatal de la deformación histórica. Como ejemplo, me es fácil hacer notar que así como de las Cortes de Cádiz no quedó viviente más que la labor de los liberales, desapareciendo la obra de los motejados por serviles, aun cuando éstos eran, intelectualmente, de mucha más valía que aquéllos, en la obra de los guerrilleros se hizo resaltar la de los que más tarde fueron marcados por el signo de la Bestia, o sea los que fueron masones, o de los que cayeron en las redes del liberalismo, procurándose por todos los medios silenciar a aquellos que por haberse mantenido fieles a su religión y su rey fueron opuestos al constitucionalismo del período fernandino, o al liberalismo posterior.

Nos queda para explicar con algunos ejemplos esta desnaturalización de la historia vulgarizada difundiendo leyendas que tendían a destruir puntos vitales en el amor de nuestro pueblo a la Religión, la Patria y la Monarquía. Cómo en la novela se dió forma vulgar a esta falsificación histórica; cómo hasta en la poesía se hizo cuanto daño se pudo contra los principios esenciales que hemos indicado; cómo en el teatro, «la literatura del que no tiene tiempo para leer», como dijo Dumas, se exaltaba a la masa popular con estas mismas falsificaciones, y, por fin, cómo en los grabados reproduciendo cuadros históricos de grandes pintores se mantenía perpetuamente a la vista en todos los hogares la mentira, la falsificación de nuestra historia al servicio de la anti España, que es el liberalismo, sujeto siempre a los dictados de la masonería.

(Continuará)

Melchor Ferrer

La fe en Jesucristo no permanecerá pura e incontaminada si no está sostenida y defendida por la fe en la Iglesia, columna y fundamento de la verdad. Cristo mismo, Dios eternamente bendito, ha erigido esta columna de la fe; su mandato de escuchar a la Iglesia tiene valor para todos los hombres de todos los tiempos y de todas las naciones. La Iglesia fundada por el Salvador es única... La fe en la Iglesia no se mantendrá pura e incontaminada si no está apoyada en la fe en el Primado del Obispo de Roma. La fe en Cristo, en la Iglesia y en el Primado están en sagrada trabazón de mutua dependencia.

PIO XI, Encl. «Mit. Brennender»

ORIENTACIONES BIBLIOGRAFICAS

EL DESTINO DE EUROPA, por Paul A. Ladame. Colección «Temas del día». Ediciones C. L. A. R., Barcelona.

Partiendo de la idea de que «el problema de Europa es el de Alemania», hace primeramente el autor una breve exposición de la historia alemana contemporánea. Libro lleno de fechas, datos y estadísticas, hace girar los acontecimientos sobre un eje económico, al que añade (cuando la economía no le soluciona las cosas) argumentos psicológicos que sólo sirven para hacerle caer en evidentes contradicciones. ¡Cuánta pobreza de espíritu y cuán gran desconocimiento de las cosas tienen los que quieren mover a los pueblos solamente por impulsos económicos sin reconocer nada más fundamental!

Lo verdaderamente interesante de la obra y lo que le da algún valor, son las continuas citas de notorios publicistas y políticos actuales. Con lo cual puede decirse que el Sr. Ladame se ha limitado a hacer una recopilación de los pensamientos de éstos, enlazándolos y comentándolos oportunamente. Las opiniones expuestas no son, pues, propiamente del autor, sino de aquellos destacados publicistas y políticos a los que se refiere. Y ello nos evidencia claramente la desorientación e ineptitud, cuando no hay malicia, de quienes inspiran y dirigen, hoy por hoy, el nuevo orden mundial.

Todas las consideraciones del libro y sus consecuencias, quedan resumidas por el autor en cuatro puntos, postulados fundamentales para salvar al mundo (?): La organización internacional, la educación de las masas, la destrucción «hasta las raíces» del Reich y los Estados Unidos de Europa.

Para hacer efectiva la paz nos dice que es necesaria la creación de una «moral internacional» y después «inculcarla a las masas». Si cuesta sudores y martirios el civilizar al mundo con una moral fundada en el Derecho Natural, en la sana razón y en el Derecho Divino, ¿cómo quieren, el Sr. Ladame y los señores en los cuales fundamenta sus pareceres, que esa absurda «moral internacional», hecha según el criterio racionalista de unos pocos hombres, haga algo de bueno en el mundo?

Francia ha de patrocinar y dirigir los Estados Unidos de Europa; y éstos en marcha, «la Confederación europea, la rusa, la americana, el Commonwealth británico y China, a los cuales se podrá unir un representante de la América latina... se sentarán juntos en el directorio mundial». En resumen: una dictadura de las grandes potencias de las Naciones Unidas sobre todos los otros países. El autor añade que el proyecto de la Unión europea ha sido acariciado por «personalidades eminentes como: Montesquieu, Pierre Dubois, W. Penn, J. J. Rousseau, Saint Pierre, Nietzsche, Kant y Saint-Simon». ¡Estupenda recomendación para que lo acepte una persona sensata!

Para suerte nuestra el autor reconoce que todo eso son sueños y quimeras. ¡Buena está Europa para que le vayan proponiendo sueñecitos quiméricos como solución a sus trágicos y graves problemas! Y termina el libro diciendo que «la consecuencia plenamente visible hoy, es el poner en discusión un sistema universal, fundado sobre el privilegio de la raza blanca y la supremacía europea... Es necesario que los blancos cesen de desgarrarse entre ellos.

Es preciso que, ante el *peligro mortal que amenaza a toda la raza*, regulen y olviden sus querellas». ¡Y nosotros que creíamos que el racismo era patrimonio nazi!

EL MARTIRIO DE POLONIA, Ediciones «Atlas», Madrid. Contiene en un solo volumen dos libros: *POLVO DE ESCOMBROS*, por Sofía Casanova, y *ESTAMPAS POLACAS*, por Miguel Branicki.

El primero de estos dos libros es una narración, hecha con llaneza, escrita por la esposa del catedrático polaco Vicente Lutoslawski. Narra las vicisitudes y penalidades de su familia durante el tiempo en que Polonia fué víctima de la doble invasión germana y rusa, aportando datos de interés sobre el espíritu del pueblo polaco en aquellas horas trágicas.

Bajo otro aspecto trata la cuestión polaca el libro de Branicki: el político, ligado con él importantes acontecimientos militares. Habla del heroísmo de Polonia en lucha; de las pérfidas astucias de la U. R. S. S. y de su mariscal Stalin, invadiendo Polonia cuando lo hacían los alemanes e imposibilitando con esto la prolongación de la resistencia; la permanencia de los rusos en la ocupación de los territorios que iban conquistando, cuando ya eran aliados de las Naciones Unidas, destacando dos hechos execrables: la fosa de Kattyn, donde yacían 12.000 oficiales polacos que se negaron a colaborar con la U. R. S. S., y el alzamiento de Varsovia, producido cuando las fuerzas rusas estaban a tiro de cañón de la ciudad y que para los rusos no fué más que una consigna para detener su triunfal avance dejando a la resistencia polaca que se las entendiera sola contra las fuerzas del Reich, concentradas sobre Varsovia, que dejaron convertida a la hermosa capital en un cementerio en ruinas.

Destaca también la perfidia rusa en las relaciones entre el Comité de Lublin, compuesto por cuatro forajidos indecibles que pretendían gobernar Polonia con el apoyo soviético, y el Gobierno exilado en Londres. Este último, a pesar de haber en él destacados elementos que simpatizaban con Rusia, no pudo lograr ni un reconocimiento ni un acercamiento de la U. R. S. S. Churchill intervino personalmente para arreglar las cosas y hubo de reconocer su rotundo fracaso ante Stalin, que salió con la suya de que el futuro Gobierno polaco fuese marxista y fiel servidor de sus intereses. Y Polonia, la nación por la cual se declaró la guerra, se vió abandonada de sus amigos, su Gobierno exilado sin reconocida autoridad y los miles de combatientes que luchaban en los Ejércitos aliados traicionados en su ilusión de retornar a la Patria liberada.

La lectura de este libro sirve de lección provechosa para quienes busquen la claridad de los hechos, meditando sobre ellos y sus consecuencias, sin miras parciales. Libro también que mueve a simpatía hacia la noble y católica Polonia, la nación digna de mejor destino, martirizada por Alemania y Rusia, por obra y gracia de la indolencia e ineptitud de gobernantes que siempre pretendieron ser sus amigos, prometiendo ayudar a los polacos en su empresa de salvación y liberación para recobrar la integridad de su territorio nacional, única aspiración polaca, que se le ha negado.

Luis Luna

Congreso Internacional de Congregaciones Marianas

Con objeto de urgir el día providencial de la declaración dogmática de la Asunción corporal a los Cielos de la Santísima Virgen María.

Estudiar los problemas actuales de las Congregaciones Marianas.

Difundir la obra de formación y apostolado de las mismas.

Barcelona, 29 noviembre - 10 diciembre 1947

Oficinas: Lauria, 15, pral.

MISION

REVISTA DE ACTUALIDAD MUNDIAL

MADRID

VOZ DE ESPAÑA

SOCIEDAD ANÓNIMA

DOBLAJE DE PELICULAS

BARCELONA

Proteged
la **INDUSTRIA NACIONAL**
adquiriendo
SUS
productos

C. T.

BARCELONA

LECTOR:

Varios Padres Misioneros españoles, que en las lejanas tierras de la India han conocido nuestra Revista, son grandes entusiastas de **CRISTIANDAD**

¿Quieres costear su suscripción?

Telefonea al n.º **22446**,
y se te dará el nombre
de tu favorecido